



HERALDOS DEL EVANGELIO

N.º 277 - Agosto 2026



Ecos de la voz divina



Hijos, siervos y esclavos de María

Algunos religiosos pidieron al P. Maximiliano un plan semanal de índole espiritual para proceder como esclavos de la Inmaculada. Y les respondió amablemente, remachando siempre la misma verdad:

«Todo programa tiene ciertamente sus límites; pero no los debe tener el plan que me pedís.

»Procuremos ser hijos, siervos y esclavos, y todo, todo, todo de María. En una palabra: suyos bajo todo punto de vista, y cada vez más suyos. ¿Cómo conseguirlo?

»Recordaremos que la esencia de la entrega y de la consagración total no es el sentimiento, ni tampoco la memoria, sino la voluntad. Si alguno no siente, pues, la dulzura de estar con Ella —aunque me parece que esto no sucede de ordinario—

y ni siquiera se acuerda de Ella, piensa en Ella, si no retira la propia donación, si la renueva, esté tranquilo; porque reina en su corazón. Podemos controlar fácilmente la voluntad. Por eso debemos procurar que se conforme siempre a su voluntad y que la cumpla siempre lo más perfectamente.

»Eso es todo...

»Para conocer nuestra dependencia de Ella, como un niño, es necesario abrazarse a sus rodillas, como los niños a las de su propia madre.

»Que el espíritu de la Inmaculada sea cada vez más profundo».

RICCIARDI, OFM Conv, Antonio,
Un hombre fuera de serie. 2.^a ed.
Madrid: Testimonio, 2008, p. 178.

Director Responsable:

Mario Luiz Valerio Kühl

Consejo de Redacción:

Severiano Antonio de Oliveira;

Silvia Gabriela Panez;

Marcos Aurelio Chacaliaza C.

Administración:

Guatemala

27 av. 2-36 Bajada a Colonia San Lázaro,
zona 15, frente Apartamentos Las Pilas.

Tels: (502) 2246-0000

mailing.admongt@gmail.com

El Salvador

Calle el Picacho, No 27,

Sierras de Santa Elena. Antiguo Cuscatlán.

Tel: (503) 2278-4542

salvafat@gmail.com

Los artículos de esta revista podrán
ser reproducidos, indicando su fuente y
enviando una copia a la redacción.
El contenido de los artículos es responsabilidad
de los respectivos autores.

SUMARIO

➤ PREGUNTAN LOS LECTORES.....	4
➤ EDITORIAL	
El rostro de Dios.....	5
➤ LA VOZ DE LOS PAPAS	
Luces siempre nuevas.....	6
➤ LA LITURGIA DOMINICAL	
Él jamás nos despedirá.....	8
Jesús también nos lanza a la tormenta	9
Acepción de personas...	
¿pero por parte de quién?	10
«Tu es Petrus»	11
El secreto del amor y la semilla de la eternidad.....	12
➤ EJEMPLOS QUE ARRASTRAN	
En el cuerpo, libre por el milagro; en el alma, por la esclavitud.....	13
➤ TESOROS DE MONS. JOÃO	
Tribuna del profetismo.....	14
➤ TEMA DEL MES – EL DON DE PROFETISMO	
Eco perpetuo de la voz de Dios	18
➤ HISTORIA, MAESTRA DE LA VIDA	
El filón eliático – María eternizada en la historia	22
➤ SANTO TOMÁS ENSEÑA	
Guardaos de los falsos profetas.....	24
➤ ENSEÑANZAS BÍBLICAS	
El profeta Isaías – El profeta mesiánico	26
➤ ¿QUÉ DICE EL CATECISMO?	
Participación de los laicos en la función profética de Cristo.....	29
➤ ESPLENDORES DE LA CIVILIZACIÓN CRISTIANA	
Heráldica – El sapo, el león y la cruz... ..	30
➤ DOÑA LUCILIA	
Entretenidas lecturas con Dña. Lucilia.....	32
➤ VIDAS DE SANTOS	
San Agustín de Hipona – Grande en el pensamiento, grande en la santidad.....	34
➤ ESPIRITUALIDAD CATÓLICA	
¿Cómo aprovechar nuestras propias faltas? – Guerra de los hombres, descanso de Dios	38
Las apariciones de Cimbres – Una advertencia maternal	42
➤ ¿SABÍAS... ..	45
➤ HERALDOS EN EL MUNDO	46
➤ TENDENCIAS Y MENTALIDADES	
Héroes de verdad.....	50



Francisco Lecaros

8 En Betsaida, ejemplo de
civilización cristiana



Reproducción

22 Cadena profética y marial
que atraviesa los siglos



João Paulo Rodrigues

24 ¿Cómo reconocer a un
falso profeta?



Reproducción

38 ¿Hay algún medio de
aprovechar nuestras caídas?

Envíe las preguntas para el P. Ricardo al correo
preguntanloslectores@heraldos.org



✠ P. Ricardo José Basso, EP

Si la Revelación pública concluyó con la muerte del último apóstol y todo lo que necesitamos para la salvación está en la Biblia y en la Tradición, ¿qué sentido tienen las apariciones marianas? ¿Pueden aportar algo nuevo?

Alejandro Ramírez – Barcelona (España)

Quien ama no se contenta con ofrecer sólo lo necesario, lo indispensable; da con superabundancia, hasta de sobra. Un padre o una madre que ama a su hijo no le proporciona únicamente los alimentos indispensables para subsistir, sino que, en la medida de sus posibilidades, también le procura bebidas refrescantes, dulces sabrosos y, en definitiva, manjares agradables. No basta con que el hijo sobreviva; conviene que viva feliz, rodeado del cariño de sus padres, que se manifestará en todos los detalles de su existencia, incluso en una alimentación deleitosa y saludable. ¿Por qué? Simplemente por amor.

Ahora bien, como afirmó de manera insuperable el apóstol Juan, «Dios es amor» (1 Jn 4, 16). Y, aunque por medio de la Encarnación del Verbo y su Revelación —de la cual el Magisterio de la Iglesia es el fiel intérprete— nos concedió todo lo necesario, Él, «el Primero y el Último» (Ap 1, 17), quiso acompañarnos a lo largo de la historia con ciertas muestras de cariño, muy especialmente a través de las apariciones de María Santísima. ¿Son estrictamente necesarias? No, pero... ¡cuánto perdería nuestra fe sin ellas!

El *Catecismo de la Iglesia Católica* enseña que «aunque la Revelación esté acabada, no está completamente explicitada» (CCE 66). Y la Iglesia siempre sacará de su tesoro —el depósito de la fe (cf. 1 Tim 6, 20)— «lo nuevo y lo antiguo» (Mt 13, 52).

La Inmaculada Concepción de Nuestra Señora, por ejemplo, ya estaba contenida implícitamente en el depósito de la fe y hubo católicos que no la aceptaban hasta que se proclamó el dogma. Sin embargo, después del 8 de diciembre de 1854, cuando el papa Pío IX proclamó dogmáticamente la Concepción Inmaculada de la Virgen María, todos han

de prestar plena adhesión a esta verdad, cuya explicitación solamente alcanzó su plenitud en el siglo XIX.

Además, la Santa Iglesia enseña que «a lo largo de los siglos ha habido revelaciones llamadas “privadas”, algunas de las cuales han sido reconocidas por la autoridad de la Iglesia. Éstas, sin embargo, no pertenecen al depósito de la fe. Su función no es la de “mejorar” o “completar” la Revelación definitiva de Cristo, sino la de ayudar a vivirla más plenamente en una cierta época de la historia. Guiado por el Magisterio de la Iglesia, el sentir de los fieles (*sensus fidelium*) sabe discernir y acoger lo que en estas revelaciones constituye una llamada auténtica de Cristo o de sus santos a la Iglesia» (CCE 67).

Las mariofanías —manifestaciones de la Santísima Virgen— no constituyen, obviamente, una «nueva revelación» que sustituyera a la Revelación de Cristo, sino una forma renovada en la que el Espíritu Santo conduce a los fieles de todas las épocas hacia la plenitud de la verdad, para que «la inteligencia de la revelación sea más profunda» (Concilio Vaticano II, *Dei Verbum*, n.º 5).

Así pues, en el curso de la historia, las apariciones marianas han servido para guiar a los fieles en las luchas que afrontan, les ofrecen consuelo en las adversidades de la vida y señalan el rumbo a los hijos de la luz de todos los tiempos. Por mencionar sólo algunas de las más recientes, ¡cuánto hemos aprendido de las manifestaciones de la Virgen a Santa Catalina Labouré en la Rue du Bac, a Santa Bernadette en Lourdes y a los pastorcitos de Fátima!

¿Serían superfluas estas apariciones? Bien podríamos responder con los franceses: «Lo superfluo: ¡esa cosa tan necesaria!...». ✠



EL ROSTRO DE DIOS

En el hebreo del Antiguo Testamento, uno de los términos para *profeta* —*hozeh*— se refiere a *aquel que ve*; el griego *prophetes* significa *aquel que habla*. Pero ¿qué *ven* y *dicen*, en realidad, los profetas? Moisés es el mejor ejemplo para responder a esta pregunta, pues «no surgió en Israel otro profeta como Moisés, con quien el Señor trataba cara a cara» (Dt 34, 10). Aunque el santo libertador de los israelitas fuera incapaz de intuir la esencia divina —de lo contrario, moriría (cf. Éx 33, 20)—, «el Señor hablaba con Moisés cara a cara, como habla un hombre con un amigo» (Éx 33, 11).

Aun sin contemplar a Dios tal como es —salvo «de espaldas» (cf. Éx 33, 23)—, Moisés era profundamente conocido por el Creador. Pese a ser «torpe de boca y de lengua» (Éx 4, 10), recibió la misión de guiar al pueblo, ya que el Señor hablaba por medio de él. Aquí se percibe una misteriosa connaturalidad entre Aquel que es (cf. Éx 3, 14) y el profeta; una intimidad que el Altísimo promete a su elegido: «Yo mismo iré en persona delante de ti» (Éx 33, 14).

En ese entrañable vínculo, el profeta se convierte en heraldo de la voz divina y reflejo de la «luz inaccesible» (1 Tim 6, 16); en definitiva, el rostro mismo de Dios en la tierra. Elías surgió «como un fuego» y «su palabra quemaba como antorcha», pues «por la palabra del Señor cerró los cielos y también hizo caer fuego tres veces» (Eclo 48, 1.3). De manera análoga, cuando el Señor le ordenó a Oseas que tocara la trompeta (cf. Os 8, 1), hizo llegar al pueblo, a través del profeta, aquella urgente advertencia.

No es casual que las multitudes reconocieran a Jesús, el Verbo encarnado, no sólo como un profeta (cf. Mt 21, 46), sino como el «gran Profeta» (Lc 7, 16). Otros lo identificaban con Juan el Bautista, Elías, Jeremías o alguno de los antiguos profetas (cf. Mt 16, 14). Sin embargo, cuando los Apóstoles fueron interrogados acerca de su identidad, Pedro, inspirado, declaró: «Tú eres el Mesías, el Hijo del Dios vivo» (Mt 16, 16).

En el testimonio del primer Papa había algo profético, pues Nuestro Señor afirma que su profesión de fe no procedía de la carne ni de la sangre, sino del propio «Padre que está en los Cielos» (Mt 16, 17). Con la constitución de la Iglesia, el profetismo entró así en la Nueva Alianza, «porque la ley se dio por medio de Moisés, la gracia y la verdad nos han llegado por medio de Jesucristo» (Jn 1, 17).

A partir de entonces, todo bautizado participa de la misión profética de Cristo (cf. CCE 1268). Los Hechos de los Apóstoles atestiguan ya una profusión de acciones proféticas: desde las cuatro hijas de Felipe, «que profetizaban» (21, 9), hasta los discípulos, que actuaban «movidos por el Espíritu» (21, 4) y en plena armonía con Él: «Hemos decidido, el Espíritu Santo y nosotros...» (15, 28).

Ahora bien, las manifestaciones proféticas no cesaron al concluir la era apostólica; siguen vivas en la Iglesia, de manera especial en las apariciones marianas. En ellas, la Reina de los profetas no sólo *ve* a sus hijos y *es vista* por ellos, y *habla* con ellos, sino que también *actúa* junto a su divino Hijo en el curso de la historia, cooperando en la salvación de éstos. He aquí el rostro de Dios que continúa caminando con la humanidad... ✠



Los profetas -
Catedral de
Orvieto (Italia)

Foto: Francisco Lecaros



Luces siempre nuevas

No es raro que en los momentos más críticos, al igual que una ráfaga de viento rompe las nubes y deja ver la estrella que guiará al navegante hasta el puerto, el Señor envíe la inspiración sobrenatural que ha de hacer de un alma la salvación de su pueblo.

MISIÓN CON ALCANCE HISTÓRICO

La Iglesia, presente en el mundo como signo de unidad para toda la familia humana, reconoce en los interrogantes y los desafíos de la época actual el ámbito en el cual ejercer su vocación a la escucha, al diálogo y al servicio, dejándose interpelar por todo lo que concierne a la existencia de los hombres y las mujeres de hoy.

Este entrelazamiento de vida con los pueblos le hace comprender cada vez más que su misión tiene un alcance histórico e implica una responsabilidad respecto a la forma en que se tejen las relaciones sociales. Por ello no puede considerarse ajena a las dinámicas que configuran el rostro de la sociedad. Más bien, participa con compromiso en los caminos a través de los cuales la sociedad misma crece y se organiza, y ofrece su contribución.

LEÓN XIV.

Magnifica humanitas, 15/5/2026.

LOS AUTÉNTICOS REFORMADORES

Miremos la historia del cristianismo, para ver cómo se desarrolla una historia y cómo puede renovarse. En ella podemos ver que los santos, guiados por la luz de Dios, son los auténticos reformadores de la vida de la Iglesia y de la sociedad. Maestros con la palabra y testigos con el ejemplo, saben promover una renovación eclesial estable y profunda, porque ellos

mismos están profundamente renovados, están en contacto con la verdadera novedad: la presencia de Dios en el mundo.

Esta consoladora realidad, o sea, que en cada generación nacen santos y traen la creatividad de la renovación, acompaña constantemente la historia de la Iglesia en medio de las tristezas y los aspectos negativos de su camino. De hecho, vemos cómo siglo a siglo nacen también las fuerzas de la reforma y de la renovación, porque la novedad de Dios es inexorable y da siempre nueva fuerza para seguir adelante.

BENEDICTO XVI.

Audiencia general, 13/1/2010.

EL ESPÍRITU SANTO GUÍA A LA IGLESIA A TRAVÉS DE SUS ELEGIDOS

En el decurso de la historia, el Señor sigue revelándose a los pequeños y a los humildes, capacitando a sus elegidos, por medio del Espíritu que «todo lo sondea, hasta las profundidades de Dios» (1 Cor 2, 10), para hablar de las cosas «que Dios nos ha otorgado, no con palabras aprendidas de sabiduría humana, sino aprendidas del Espíritu, expresando realidades espirituales» (1 Cor 2, 12-13).

De este modo el Espíritu Santo guía a la Iglesia hacia la verdad plena, la dota de diversos dones, la embellece con sus frutos, la rejuvenece con la fuerza del Evangelio y la hace capaz de escrutar los signos de los tiempos,

para responder cada vez mejor a la voluntad de Dios.

SAN JUAN PABLO II.

Divini amoris scientia, 19/10/1997.

EL EJEMPLO DE LOS QUE NOS HAN PRECEDIDO

No es raro que en los momentos más críticos, al igual que una ráfaga de viento rompe las nubes y deja ver la estrella que guiará al navegante hasta el puerto, el Señor envíe la inspiración sobrenatural que ha de hacer de un alma la salvación de su pueblo.

Alzad, pues, la mirada, hijos amadísimos, [...] y contemplad los grandes ejemplos que os han precedido.

Pío XII.

Radiomensaje, 25/6/1956.

DOS FUNDADORES QUE DISCERNIERON LOS «SIGNOS DE LOS TIEMPOS»

Así sucedió también en el siglo XIII con el nacimiento y el extraordinario desarrollo de las órdenes mendicantes: un modelo de gran renovación en una nueva época histórica. [...]

De las órdenes mendicantes que surgieron en ese período las más conocidas e importantes son los frailes menores y los frailes predicadores, conocidos como franciscanos y dominicos. Se les llama así por el nombre de sus fundadores, San Francisco de Asís y Santo Domingo de Guzmán, respectivamente. Estos dos grandes santos tuvieron la ca-

pacidad de leer con inteligencia «los signos de los tiempos», intuyendo los desafíos que debía afrontar la Iglesia de su época.

BENEDICTO XVI.
Audiencia general,
13/1/2010.

AUXILIO SEGÚN LAS VICISITUDES DEL TIEMPO

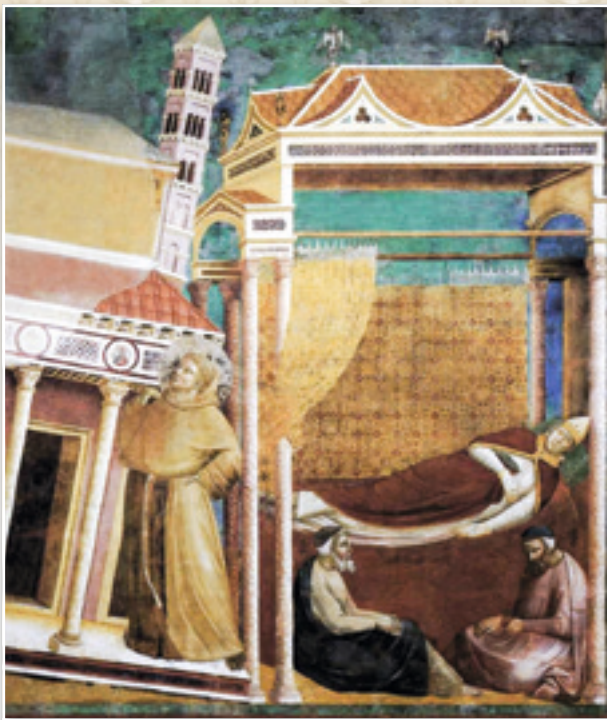
Rico en misericordia, Dios nunca faltó a su Iglesia, que milita en este mundo, sino que, según las diversas vicisitudes de las cosas y de los tiempos, le proporciona sabiamente los auxilios oportunos. Mientras en el siglo XVI visitaba con la vara de su furor a los pueblos cristianos y permitía que muchas provincias de Europa se vieran envueltas en las tinieblas de las herejías, que se extendían ampliamente, no queriendo apartar de sí a su pueblo, suscitó providencialmente nuevos luceros de hombres santos, a fin de que, iluminados por su esplendor, los hijos de la Iglesia se confirmaran en la verdad y los propios prevaricadores fueran reconducidos suavemente al amor de ella.

Francisco de Sales, obispo de Ginebra, ejemplo de ínclita santidad y maestro de la verdadera y piadosa doctrina, se contó entre esos preclaros varones: no sólo con su voz, sino también con sus inmortales escritos, traspasó a los monstruos de los errores que se alzaban, consolidó la fe, abatió los vicios, enmendó las costumbres y mostró a todos el camino que conduce al Cielo.

Pío IX.
Dives in misericordia, 16/11/1877.

MODELO DE FORTALEZA EN MEDIO DE LAS PRUEBAS

Elegida por Dios, una conciencia inquebrantable de su misión y un ar-



Dios nunca faltó a su Iglesia, que milita en este mundo, sino que, según las diversas vicisitudes de las cosas y de los tiempos, le proporciona sabiamente los auxilios oportunos

El papa Inocencio III sueña que San Francisco de Asís sostiene a la Iglesia, de Giotto di Bondone - Basílica dedicada al «Poverello» en Asís (Italia)

diente anhelo de santidad alimentado por la voluntad de corresponder mejor a su altísima vocación, le permitirán [a Santa Juana de Arco] superar los obstáculos, ignorar los peligros, enfrentarse a los grandes de la tierra, intervenir en los problemas internacionales de su tiempo y transformarse en una capitana revestida de hierro, para lanzarse, terrible, al asalto. [...]

Vida larga o corta, triunfo o aparente derrota, solidez de la piedra o fragilidad de una pobre doncella mortal: ¡qué importa! Si existe una verdad inmutable, una fe que no puede desaparecer, el amor a una patria inmortal, el anhelo de una paz que es una exigencia natural del corazón humano, la sed de una justicia que necesariamente prevalecerá en la hora fijada por la historia, en la hora de la reconstrucción, de la rehabilitación y la resurrección. Una ley necesaria, que siempre une el sacrificio al triunfo, la humillación a la gloria, el misterio del Calvario al luminoso amanecer de la Resurrección.

Dichoso el pueblo que lo recuerda, incluso para afrontar, si fuera necesario, el juicio de los hombres, como Juana supo hacerlo con una constancia admirable y una serenidad inquebrantable; para no rechazar el sacrificio, que vio venir sin temor a nadie y con una energía maravillosa; para mantenerse siempre fiel a su vocación, especialmente en los momentos más difíciles. Juana de Arco se presenta así a los cristianos de nuestro tiempo como un modelo de sólida fe operante, de docilidad a una altísima misión, de fortaleza en medio de las pruebas.

Pío XII.
Radiomensaje, 25/6/1956.

MAESTRA PARA NUESTRO TIEMPO

Entre los pequeños, a los que han sido revelados de manera muy especial los secretos del Reino, resplandece Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz. [...]

A pesar de los cambios que se producen en el decurso de la historia y de las repercusiones que suelen tener en la vida y en el pensamiento de los hombres de las diversas épocas, no debemos perder de vista la continuidad que une entre sí a los Doctores de la Iglesia: en cualquier contexto histórico, siguen siendo testigos del Evangelio que no cambia y, con la luz y la fuerza que les viene del Espíritu, se hacen sus mensajeros, volviendo a anunciarlo en su integridad a sus contemporáneos.

Teresa es maestra para nuestro tiempo, sediento de palabras vivas y esenciales, de testimonios heroicos y creíbles.

SAN JUAN PABLO II.
Divini amoris scientia, 19/10/1997.



2 de agosto – XVIII Domingo del Tiempo Ordinario

(Is 55, 1-3; Sal 144; Rom 8, 35.37-39; Mt 14, 13-21)

Él jamás nos despedirá



✠ P. Santiago Ignacio Morazzani Arráiz, EP

En este Evangelio, lo que más impresiona, evidentemente, es el milagro de la multiplicación de los panes. No obstante, también pueden contemplarse otras maravillas en las palabras y gestos de Nuestro Señor Jesucristo

Deseoso de proporcionar descanso a los discípulos, Nuestro Señor navega por el mar de Galilea, dirigiéndose con ellos a un lugar desierto, cerca de la ciudad de Betsaida Julias. Pero la muchedumbre no les permitirá descansar: tras partir de Cafarnaúm y de las localidades vecinas, recorre en poco tiempo una distancia de aproximadamente diez kilómetros y llega antes que ellos. Cuando Jesús desembarca, se ve rodeado.¹

¿Qué hace Él? «Se compadeció» y «curó a los enfermos» (Mt 14, 14). Si recordamos que había «unos cinco mil hombres, sin contar mujeres y niños» (Mt 14, 21), podemos imaginar la animación que bullía en aquellos momentos: enfermos cargados por sus familiares, súplicas en alta voz, gritos de júbilo tras las curaciones, emoción, lágrimas, brazos alzados al cielo...

Mientras tanto, caía la tarde. En medio del intenso ajetreo, el cansancio de los Apóstoles debía de estar al borde del agotamiento, y quizá por eso le dijeron a Jesús: «Estamos en despoblado —¿acaso creían que Él no se había dado cuenta?— y es muy tarde —¿imaginaban que había perdido la noción del tiempo?—, despide a la multitud para que vayan a las aldeas y se compren comida» (Mt 14, 15).

¿Qué habrán pensado de la respuesta? No olvidemos que ésa fue la *primera* multiplicación de los panes. Nadie podía imaginar cómo resolvería el Maestro aquella situación: «No hace falta que vayan, dadles vosotros de comer» (Mt 14, 16). ¡Qué actitud tan hermosa, noble y cariñosa! Meditemos en estas palabras del Salvador.

Desde tiempos inmemoriales se mantiene cierta costumbre social que rige el proceder de las personas al hacer una visita o recibirla: los anfitriones jamás toman la iniciativa de despedir a los visitantes, pues es el invitado quien decide cuándo retirarse. ¿Educación y cortesía? Sí, pero, sobre todo, práctica de la caridad. El dueño de la casa se encuentra en una situación que, en cierto modo, nos recuerda la de Dios, a quien todos acuden para recibir sus beneficios, como afirma el salmo de este domingo: «Es cariñoso con todas sus criaturas. [...] Los ojos de todos te están aguardando, tú les das la comida a su tiempo» (144, 9.15).

¿Cuándo nació esa costumbre? Probablemente nunca lo sabremos, pero podemos conjeturar que fue allí, en el desierto de Betsaida: el divino Anfitrión no quiso despedir a sus visitantes, sino que los retuvo junto a sí, preparándoles una nueva manifestación de su ternura. Cristo mismo daba uno de los primeros ejemplos de civilización... cristiana.

De este pasaje del Evangelio podemos, pues, sacar:

—Una convicción: Nuestro Señor jamás nos despedirá ni rechazará nuestras peticiones. El Sagrado Corazón palpita de compasión por nosotros y nos concederá su ayuda en superabundancia, a la manera del pan multiplicado, del cual quedaron «doce cestos llenos de sobras» (Mt 14, 20).

—Un propósito: ¡busquemos a Jesús con toda confianza! Él espera nuestra visita, no sólo en la comunión sacramental, sino también en la custodia o en el sagrario, desde donde nos inundará con la efusión de su misericordia. Nos aguarda en el confesionario para «curar a los enfermos», limpiando nuestras almas de toda la miseria del pecado.

Junto a Él se encuentra María Santísima, celestial anfitriona, por cuyas manos maternas llegará siempre hasta nosotros el inagotable torrente de la gracia y del perdón. ✠

«Alimentando a los cinco mil», de Marten van Valckenborch - Museo de Historia del Arte, Viena



¹ Cf. TUYA, OP, Manuel de. *Biblia comentada. Evangelios*. Madrid: BAC, 1964, t. v, pp. 337-338.

Jesús también nos lanza a la tormenta

✠ P. Rodrigo Fugiyama Nunes, EP



La idea de que Dios nos salva en las tormentas de la vida es muy hermosa, bastante corriente y enteramente real. Pero es mucho menos frecuente considerar la bondad divina cuando nos saca de la calma y nos arroja en medio de la tempestad, con el riesgo de que nos hundamos...

Inmediatamente después de multiplicar los panes para alimentar a una multitud enorme, «Jesús apremió a sus discípulos a que subieran a la barca y se le adelantarán a la otra orilla» (Mt 14, 22). Como Dios, Él había dispuesto, desde toda la eternidad, lo que pasaría: «Mientras tanto la barca iba ya muy lejos de tierra, sacudida por las olas, porque el viento era contrario» (Mt 14, 24).

Las tormentas en el mar de Galilea son muy fuertes, porque, al estar aquellas aguas a más de doscientos metros por debajo del nivel del mar, reciben los fuertes vientos procedentes del Mediterráneo, lo que provoca olas de más de dos metros de altura. A pesar de estar tripulada por experimentados pescadores, la barca de los Apóstoles era muy vulnerable —como todas las de la época— y su angustia debía de ser inmensa.

¿Y Nuestro Señor? Para intervenir, espera hasta «la cuarta vigilia de la noche» (Mt 14, 25), período comprendido entre las tres y las seis de la madrugada, dejando durante mucho tiempo a los discípulos en la tribulación.

La escena encierra un dramatismo intenso y sublime: obedeciendo al Maestro, se topan con una terrible tempestad; esperan casi toda la noche, sin alivio alguno, hasta que, en vez de calmar la tormenta, Jesús se acerca a los discípulos «andando sobre el mar» (Mt 14, 25). No lo reconocen, piensan

que es un fantasma y empiezan a gritar de miedo. Todo va de mal en peor...

Por fin, el Buen Pastor se revela: «¡Ánimo, soy yo, no tengáis miedo!» (Mt 14, 27). Llamado por el Señor, Pedro camina sobre las aguas, pero... al sentir el viento se asusta y comienza a hundirse; es tomado de la mano; reprendido por su falta de fe; y, finalmente, acompaña a Nuestro Señor hasta la embarcación. Sólo entonces, al subir, el viento se calma. Y «los de la barca se postraron ante Él diciendo: “Realmente eres Hijo de Dios”» (Mt 14, 33).

Una de las lecciones que podemos sacar de este Evangelio es que todo discípulo de Nuestro Señor —es decir, todo bautizado— se encontrará un día en medio de una gran tormenta, sin culpa alguna por su parte, sino por obediencia a la voz de Jesús. En esa situación, desconocemos lo que está sucediendo, todo parece empeorar, el Cielo se nos presenta cerrado y sentimos que vamos a hundirnos. He aquí, literalmente, la noche oscura...

¿Por qué Dios lo permite? Para hacernos crecer en el amor,

en la confianza y en la fe. En el amor, porque nuestro orgullo queda completamente quebrantado. En la confianza, porque en medio de la tormenta podemos estar seguros de la protección divina y, aunque nos estemos hundiendo como Pedro, Él nos tomará de la mano; ¡basta con esperar! En la fe, al saber que, pese a las apariencias contrarias, todo está regido por la Providencia.

Pero hoy podemos hacer algo que a los Apóstoles no les era dado realizar: entregar la barca de nuestras vidas a la Santísima Virgen. Conducidos por Ella, llegaremos incólumes al puerto del Cielo. ✠



Jesús camina sobre el agua -
Colección privada

*Al obedecer
la voz del
Maestro, los
discípulos se
encuentran
con una
terrible
tormenta.
Todo va de
mal en peor...
¿Por qué Dios
lo permite?*

Acepción de personas... ¿pero por parte de quién?

✠ P. Michel Six, EP



Hay algo enigmático en el Evangelio de este domingo. Una cananea —por tanto, no judía, sino pagana— va detrás de Jesús gritando e implorando que libere a su hija, atormentada por un demonio. Sin embargo, el Señor no le responde. La mujer insiste tanto en su súplica que los propios discípulos interceden por ella ante el Maestro. Y Él parece negarse a obrar el milagro: «Sólo he sido enviado a las ovejas descarriadas de Israel» (Mt 15, 24).

Lejos de desanimarse, la pagana redobra su audacia: se postra a los divinos pies del Salvador, quien vuelve a ponerla a prueba: «No está bien tomar el pan de los hijos y echárselo a los perritos» (Mt 15, 26).

Suspense... ¿Acaso Jesús rechazará por primera vez la súplica de un alma angustiada? ¿Actuará con favoritismo al discriminar a una pagana? No, porque, postrada, la mujer se humilla e implora solamente una migaja. Compasivo, a causa de la gran fe de la madre, el Señor libera a la hija.

En las actitudes de la cananea se advierte que el Maestro la lleva a recorrer un camino que va del paganismo a la manifestación de la fe, haciéndola pasar de las tinieblas a la luz.

Tras reconocer la mesianidad de Jesús —«Señor, Hijo de David» (Mt 15, 22)—, le pide compasión. A pesar de cierto distanciamiento inicial, se postra ante Él, adoptando una actitud de humildad, de reconocimiento de la superioridad del Redentor y de adoración. No bastaba con tenerlo por Mesías; era necesario reconocerlo como Dios.

De hecho, ya había salido del paganismo, pues se había postrado ante el Dios verdadero.

No obstante, el Señor deja clara su misión: llama en primer lugar a los hijos de Israel, aunque estén descarriados. Es entonces cuando ella implora una migaja, como si dijera: «Aceptadme, Señor, entre aquellos que os tienen por amo, aunque sea como uno de los perritos. Quiero perteneceros y recibir lo que me deis».

Ante esto, se obra el milagro: curación y liberación para la hija y, al mismo tiempo, confirmación de una fe tan nueva, pero ya tan profunda.

Pues bien, en ese escenario, ¿habría hecho Jesús aceptación de personas?

El profeta Isaías, en la primera lectura, aclara que la casa de Dios «es casa de oración, y así la llamarán todos los pueblos» (56, 7). ¿Todos? Sí, siempre que quien suba a la casa de Dios respete el derecho y practique la justicia.

Todo aquel que desee recibir los milagros del divino Taumaturgo —independientemente de su situación— debe proceder como la cananea: abandonar las ti-

nieblas y buscar la Luz; postrarse ante el Salvador, pero también respetar el derecho y vivir conforme a la justicia que Él mismo nos enseñó. Por parte del Redentor jamás habrá aceptación de personas. Sin embargo, el que no quiera abandonar las tinieblas ni el paganismo con sus obras se aparta del Maestro; ése es quien hace aceptación de personas en desaire a Jesús, el Dios verdadero.

Imaginemos que la cananea no hubiera acudido al Señor. ¿Cuál habría sido su situación? Seguiría sumida en las tinieblas del paganismo y su hija, atormentada por el demonio. Hagamos como ella, sin miedo al «favoritismo»: ¡busquémoslo! ✠



Francisco Lecaros

«Cristo y la cananea», de Ludovico Carracci - Pinacoteca de Brera, Milán (Italia)

¿Acaso Jesús rechazaría por primera vez la súplica de un alma angustiada? ¿Actuaría con favoritismo al discriminar a una pagana?

«Tu es Petrus»

✠ P. Antonio Jakš Ilija, EP



Moisés, el incomparable profeta, pastor incansable de Israel, infalible transmisor de la Revelación divina y artífice de la liturgia hebrea divinamente instituida, no poseía, sin embargo, el singular poder confiado al Príncipe de los Apóstoles. Tampoco la Sinagoga recibió la promesa de inmortalidad concedida a la Iglesia católica.

El pontificado, conferido a Pedro, está dotado de tal autoridad y de tantos dones que quizá aún no se hayan manifestado plenamente en toda la fuerza de su ministerio, superando incluso los milagros obrados por Moisés. Mientras éste obtenía de Dios, mediante la oración, cuanto necesitaba, Pedro actúa como quien, por así decirlo, «impone» al Altísimo sus decisiones, respaldado por el poder de las llaves del que ha sido investido.

Se trata de un privilegio exclusivo y de una inmensa responsabilidad para el Papa, garantía de la permanencia de la Iglesia y de la validez de los sacramentos para la salvación de las almas. De hecho, San Agustín¹ subraya que el Príncipe de los Apóstoles fue el único que mereció oír las palabras del Redentor: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia».

Es sorprendente que el poder de las llaves fuera otorgado por Dios a Pedro para el bien de la Iglesia, y no conferido por la Iglesia a Pedro y sus legítimos sucesores, como bien lo describe Cornelio a Lapide.² Sin duda, la Santa Iglesia Católica ha necesitado y sigue necesitando esa promesa de inmortalidad, como lo atestigua su historia bimilenaria, tantas veces convulsa, marcada por una sucesión de 266 pontífices, incluyendo 83 Papas santos —31 de ellos mártires—, pero también, por contraste, otros 35 antipapas.³

En cierta ocasión, el Dr. Plinio imaginaba así el sencillo comienzo de un día más del gran pontífice San Pío X:

«Toda Roma duerme. [...] El Papa se prepara y se dirige a la capilla, donde se dispondrá para el augusto sacrificio de la misa. Mientras camina hacia el Señor, renacen en su alma las preocupaciones de la víspera [...]. Antes de entrar en el oratorio, se detiene y dirige la mirada a través de una de las grandes ventanas del Vaticano. Enfrente, los primeros fulgores del sol besan la imponente cúpula de la basílica de San Pedro. En la plaza vacía se alza el famoso obelisco, que siempre nos recuerda el lema de los cartujos: “La cruz permanece en pie mientras el mundo gira”. De las dos grandes fuentes que flanquean el obelisco se eleva el armonioso rumor de las aguas al brotar y caer en sus pilas. La luz del día comienza a reflejarse con mayor intensidad en la cúpula. Y el pontífice piensa: “¡La Santa Iglesia Católica Apostólica Romana! ¡El papado!”. Y su ángel de la guarda le susurra en el alma: “¡Tu es Petrus!”».⁴

A lo largo de veinte siglos, desde el día en que Nuestro Señor confirió el papado al humilde pescador de Galilea, innumerables amaneceres se han sucedido sobre los pontífices que han gobernado la Iglesia y han sido testigos de la caída de incontables imperios y reyes que juraron destruirla. Las puertas del Infierno no prevalecerán contra

la Iglesia, porque no prevalecerán contra Pedro. ✠



San Pedro, de Nardo di Cione - Galería de Arte de la Universidad de Yale, New Haven (Estados Unidos)

El pontificado, conferido a Pedro, está dotado de tal autoridad y de tantos dones que quizá aún no se hayan manifestado plenamente en toda la fuerza de su ministerio

¹ Cf. SAN AGUSTÍN. *Sermo CCXCV*, n.º 2.

² Cf. CORNELIO A LAPIDE. «Commentaria in Matthæum», c. XVI, n.º 19. In: *Commentaria in Scripturam Sacram*. Parisiis: Ludovicus Vivès, 1857, t. xv, p. 370.

³ Según las fuentes, existen ligeras discrepancias en las cifras.

⁴ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. «Esplendor áureo». In: *Dr. Plinio*. São Paulo. Año VIII. N.º 91 (oct, 2005), p. 42.

El secreto del amor y la semilla de la eternidad



✠ P. José Roberto Polimeni, EP

El divino Maestro preguntó a los Apóstoles acerca de su identidad y Pedro respondió de inmediato: «Tú eres el Mesías, el Hijo del Dios vivo» (Mt 16, 16). Entonces Jesús lo bendijo: «¡Bienaventurado tú, Simón, hijo de Jonás!, porque eso no te lo ha revelado ni la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los Cielos» (Mt 16, 17).

A continuación, Nuestro Señor revela por primera vez su Pasión, Muerte y Resurrección. El Evangelio continúa: «Pedro se lo llevó aparte y se puso a increparlo: “¡Lejos de ti tal cosa, Señor! Eso no puede pasarte”. Jesús se volvió y dijo a Pedro: “¡Ponte detrás de mí, Satanás! Eres para mí piedra de tropiezo, porque tú piensas como los hombres, no como Dios”» (Mt 16, 22-23).

La reprimenda al primer vicario de Cristo es severa. ¿Por qué? Aun cuando Pedro —que todavía no era santo— hubiera reconocido la divinidad del Maestro por inspiración divina, hablaba como un hombre aferrado a las ideas del mundo. No concebía el sufrimiento en el camino del Mesías espera-

do, que, según su visión terrena, restauraría el poder de Israel. Jesús, en cambio, revela el aspecto sobrenatural de su venida: el rescate de la humanidad y la apertura de las puertas del Cielo.

Así, el divino Redentor nos enseña algo crucial: hemos de tener cuidado con las elucubraciones personales y con los consejos que nos aparten de nuestros deberes espirituales, aunque procedan de un amigo, pues éste será un mal consejero, es decir, ¡un satanás!

Jesús exhorta entonces: «Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz y me siga» (Mt 16, 24). «Negarse a uno mismo» significa decir «no» a todo aquello que uno quiere, pero que Dios no quiere, y aceptar con gratitud cuanto la Providencia nos reserva. Es una tarea ardua, y el Señor también lo sabe, pues nos invita a seguirlo por el camino del Calvario. ¿Cómo llevar este propósito a buen término? Dos puntos son fundamentales.

Primero, hay que tener presente que «el amor es la capacidad de una persona para sufrir por otra con alegría», como lo define el Prof. Plinio Corrêa de Oliveira. Sin un amor profundo al Salvador —que se demuestra mediante el cumplimiento de los mandamientos y la práctica de las virtudes—, no tendremos el valor necesario para sufrir por Él.

En segundo lugar, es fundamental mantener la mirada fija en la promesa de la eternidad, donde Nuestro Señor «pagará a cada uno según su conducta» (Mt 16, 27). Ahí reside la clave para aceptar con ánimo y fe las pruebas que Él permite en nuestras vidas. Los sufrimientos, cuando son bien acogidos, nos purifican y nos preparan para el gozo de la felicidad sin fin.

En medio de las tribulaciones del mundo, es necesario recorrer el *via crucis* que tantos santos, hoy habitantes del Reino de los Cielos, ya recorrieron. Pidamos, pues, a la Madre de misericordia gracias especiales para confiar plenamente en Ella, que acompañó a su divino Hijo en los dolores de la Pasión y en la gloria de la Resurrección. Ése es el secreto del verdadero amor en esta tierra y la semilla de la felicidad eterna. ✠



Jesús camino del Calvario, de Hans Holbein el Joven - Galería Estatal, Stuttgart (Alemania)

Jesús nos invita a seguirlo por el camino del Calvario. ¿Cómo llevar este propósito a buen término? Dos puntos son fundamentales

Francisco Lecaros

EN EL CUERPO, LIBRE POR EL MILAGRO; EN EL ALMA, POR LA ESCLAVITUD

Francia, finales del siglo x. Frente a una iglesia consagrada a la Madre de Dios, un niño espera solo el regreso de su ama y de algunos criados de su padre, que lo acompañaban. A su tierna edad, padecía una enfermedad que le había privado de la fuerza de sus miembros, dificultándole enormemente cualquier forma de desplazamiento. No había peligro de que se alejara mientras sus cuidadores compraban en unas casas cercanas provisiones para el viaje que estaban realizando.¹

Sin embargo, al percatarse de su soledad y sentirse impulsado por una fuerte moción de la gracia, el niño decide emprender una aventura. Venciendo la inercia de su cuerpo, se arrastra entre las sombras hacia el interior del santuario. Con gran dificultad llega al presbiterio y, aferrándose con un esfuerzo supremo al mantel del altar, intenta incorporarse. No obstante, la dolencia se empeña en detenerlo...

De repente, el poder divino, por la intercesión de la Santísima Virgen, triunfa y restaura en un solo instante el vigor de aquellos diminutos miembros. ¡Milagro! ¡El niño se levanta! Liberado de la parálisis que lo encadenaba, empieza a correr de un lado a otro, exultante ante la inesperada intervención sobrenatural.

Mientras tanto, los criados regresan al lugar donde habían dejado al pequeño paralítico y, al no encontrarlo, comienzan a buscarlo por todas partes, angustiados. ¿Lo habrán raptado? Al entrar en el templo, se topan con una escena insólita: bajo

la tenue luz del crepúsculo que se filtra por los vitrales románicos, el niño corre con agilidad. Reconociendo la maravilla de la gracia, se apresuran a concluir el viaje y a presentar a sus padres aquel «milagro ambulante» llamado Odilón.

Años más tarde, ese mismo niño, a quien el tiempo había hecho madurar y la gracia había transformado en monje —el gran abad de Cluny, la mayor familia monástica de la época—, volvería a aquella iglesia. Pero esta vez no serían sus brazos y piernas los que recuperarían prodigiosamente su vigor, sino su alma la que se elevaría a cumbres inimaginables de unión con la Reina de los ángeles.

Ante el altar en el que, en otro tiempo, la Madre de Dios había liberado sus miembros, ahora venía a someterlos de nuevo, ya no a la letífera servidumbre de la naturaleza, sino a la gloriosa y sagrada esclavitud a María. No hay nadie alrededor. Sólo los ángeles contemplan la escena, embelesados. Ciñendo a su cuello el extremo de una cuerda, el santo deposita la otra punta sobre el altar de la Virgen y, con el Cielo como único testigo, pronuncia su consagración.

«Oh, piadosísima Virgen y Madre del Salvador de todos los siglos,

aceptadme desde hoy en adelante en vuestro servicio. En todas mis dificultades, oh Abogada misericordiosísima, acudid siempre en mi auxilio. Después de Dios, no antepongo nada a Vos. Y, por mi libre voluntad, me entrego como siervo a vuestro dominio por toda la eternidad».

Con este acto de entrega total, San Odilón, quien había conocido desde temprana edad el amor de María, coronaba el milagro de su liberación. Al convertirse en esclavo de tal Señora, alcanzaba la plenitud de la verdadera libertad. Con su alma preservada para siempre del poder del demonio y sus miembros definitivamente protegidos de la esclavitud del pecado, recorrería en brazos de la Virgen un camino recto y seguro hacia el Cielo. El santo revelaba así a la humanidad un secreto oculto desde la creación: la felicidad suprema de quien se confía por completo a la Madre de Dios y Reina del universo. ✠

¹ Cf. JOTSAUD. *De vita et virtutibus Sancti Odilonis abbatis*. L. II, c. 1: PL 142, 915-916.

Con un acto de esclavitud a María, San Odilón coronaba el milagro de su liberación

San Odilón - Iglesia de Nuestra Señora, Cluny (Francia)



Archivo Revista



Tribuna del profetismo

El Dr. Plinio desvelaba al gran público aquello que su discernimiento le hacía ver con claridad, y no dudaba en lanzar pronósticos que se cumplieran al pie de la letra, arrancando la etiqueta de irrealizables que cualquier analista les habría colocado «a priori».

✠ Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

Una vez concluido su mandato como diputado,¹ el Dr. Plinio se propuso valerse de la gran influencia que aún conservaba entre los católicos y de los demás recursos de que disponía para proseguir con vigor su apostolado.

Uno de esos recursos era el modesto periódico *Legionário*. Publicado quincenalmente desde 1927 por la parroquia de Santa Cecilia, con el fin de dar a conocer los acontecimientos internos de la comunidad y de la Congregación Mariana local, contaba con la frecuente colaboración del Dr. Plinio desde su incorporación al Movimiento Católico.

En 1933, algunos congregantes le habían pedido que se convirtiera en el director de la hoja parroquial, para que su prestigio de diputado la favoreciera. Accedió sin dificultad. Sin embargo, ocupadísimo con los trabajos de la Cámara, que lo mantenían buena parte del tiempo en Río de Janeiro, resultaba inviable pensar en llevar la dirección efectiva del periódico. Por eso, les dijo:

—Pueden poner mi nombre desde ahora mismo. Cuando deje de ser diputado, empezaré a desempeñar el cargo. Por ahora no es posible hacerlo todo a la vez.

De hecho, finalizado su mandato, asumió la dirección del quincenario, convencido de que esa publicación, en apariencia irrelevante, podría llegar a ser excelente, siempre y cuando formara «un buen equipo de redactores y utilizara adecuadamente el periódico para los objetivos católicos que tenía en mente».²

Pero ¿cómo transformar una simple hojita quincenal, cuyas noticias no iban más allá del ámbito de la vida religiosa de una parroquia de São Paulo, en un semanario de amplios horizontes, capaz, según sus aspiraciones, de influir en la opinión católica de todo Brasil?

Se trataba de ofrecer a los potenciales lectores un punto de referencia hasta entonces inexistente, tanto en el entorno católico como en la prensa en general, mediante un análisis de todos los panoramas y acontecimientos, ya de la esfera religiosa, ya de la temporal, enteramente plasmado por las enseñanzas del Magisterio de la Iglesia.

Primera tribuna pública del profetismo

Tan pronto como el Dr. Plinio asumió la dirección, el *Legionário* comenzó a abordar las materias más variadas: desde la política nacional e internacional, sin alinearse con ninguna de las ideologías en boga, hasta la alta apologetica, para que los católicos supieran defender con gallardía su fe; pasando por temas de historia universal, desde una perspectiva que no se encontraba en los manuales corrientes, e incluso por cuestiones económicas, sociales o filosóficas que pudieran interesar a la generalidad de los fieles o en las que estuvieran implicadas las grandes pugnas que la Iglesia afrontaba en aquella época.

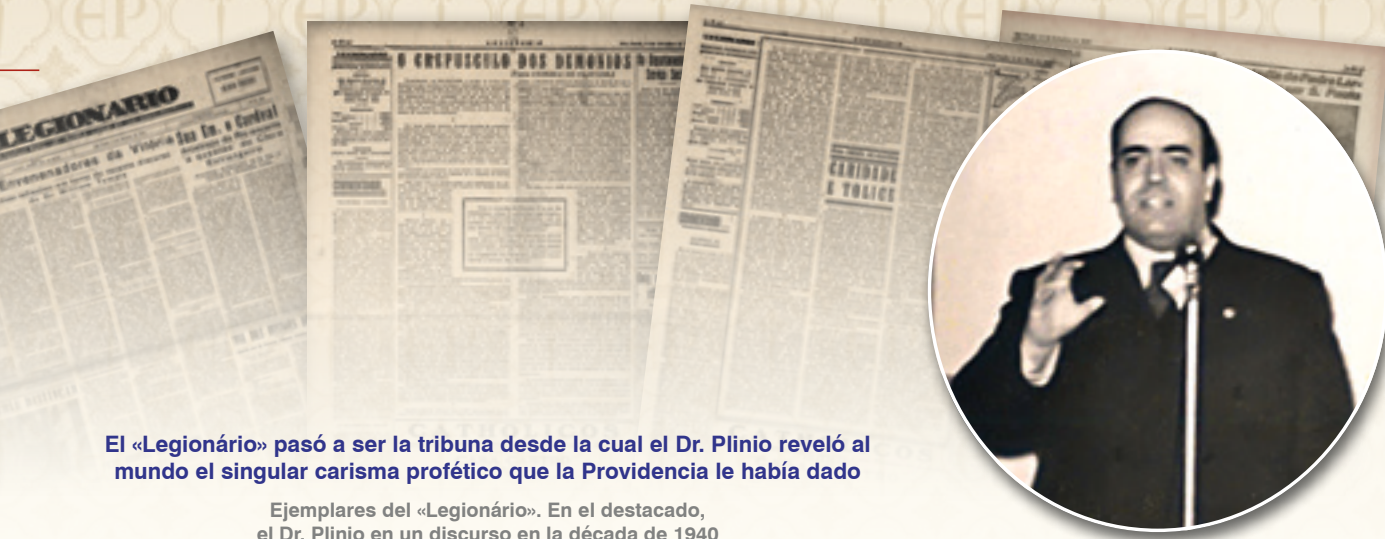
El Dr. Plinio se propuso abordar este vasto contenido «con un estilo polémico. Escribir con la punta de la espada y

mantener una polémica continua más o menos con todo el mundo. [...] Era el bombardeo de la Contra-Revolución contra la Revolución».³

Convertido en poco tiempo en un influyente semanario de repercusión internacional, el *Legionário* pasó a ser la tribuna desde la cual el Dr. Plinio reveló al mundo el singular carisma profético con el que había sido dotado por la Providencia. Con valentía, denunció el peligro nazifascista que se cernía sobre Brasil, para que los católicos no se dejaran engañar por falsas soluciones, y, ya como primer presidente de la Acción Católica de São Paulo, puso al descubierto los incipientes errores que amenazaban con alterar el rostro inmaculado de la Santa Iglesia, ante los cuales nadie había abierto aún los ojos por completo.

Recordemos que la esencia de la misión profética, al contrario de lo que se suele creer, no consiste solamente en hacer vaticinios, sino, sobre todo, en indicar a los hombres los rumbos de la Providencia y en contemplar la visión que Dios tiene de los hechos.⁴ Como veremos más adelante, ésa es la característica más destacada del profetismo del Dr. Plinio, aunque también hacía predicciones... ¡y cuántas!

Con palabras propias de un verdadero profeta que anticipaba los pasos siguientes de la Revolución, el Dr. Plinio desvelaba al gran público aquello que su discernimiento le hacía ver con claridad, y no dudaba en lanzar pronósticos que se cumplieron muchas veces



Fotos: Reproducción

El «Legionário» pasó a ser la tribuna desde la cual el Dr. Plinio reveló al mundo el singular carisma profético que la Providencia le había dado

Ejemplares del «Legionário». En el destacado, el Dr. Plinio en un discurso en la década de 1940

al pie de la letra, arrancando la etiqueta de irrealizables que cualquier analista les había colocado *a priori*. Así, el peso de su opinión fue creciendo a los ojos de buenos y malos.

Lo que nadie esperaba... sucedió

Sería imposible ofrecer aquí una lista exhaustiva de tantas predicciones publicadas que acabaron cumpliéndose. No obstante, sirva como muestra una de las profecías que, en sus sucesivos desarrollos, repercutió notablemente por ser del todo improbable su realización en aquella época.

Como incluso hoy en día suele ocurrir, estaba extendida en amplios sectores de opinión la idea de que el nazismo y el comunismo eran ideologías antagónicas e irreconciliables. Contra ese parecer, desde que, en la década de 1930, comenzara el auge del nacionalsocialismo alemán y sus congéneres en otras naciones, el Dr. Plinio siempre señaló una misteriosa identidad de doctrinas en ambos sistemas, sobre todo en relación con el odio inconfesado contra la Iglesia católica, bajo el manto de objetivos aparentemente distintos.

Esta constante denuncia resultó particularmente llamativa cuando, en el primer número de 1939, el *Legionário* publicó las siguientes líneas: «En el umbral de 1938, cuatro eran las grandes posiciones ideológicas en las que se distribuía la humanidad: catolicismo, liberalismo, comunismo y nazismo. [...] Mientras todos los campos se

definen, se está gestando un movimiento cada vez más nítido: el de la fusión doctrinal del nazismo con el comunismo. A nuestro juicio, 1939 asistirá a la consumación de esa fusión».⁵

Quien considerara estas palabras desde el exclusivo prisma del conocimiento natural pensaría, sin exagerar, que el Dr. Plinio en esta ocasión había ido demasiado lejos, arriesgándose a caer en el descrédito. Podía insistir en las afinidades filosóficas entre las dictaduras alemana y rusa, pero la mera hipótesis de una alianza oficial entre nacionalsocialistas y bolcheviques sería tenida por un disparate por cualquier observador.

No en vano recordaba su autor, décadas más tarde, que el artículo provocó un auténtico escándalo entre lectores de las más diversas tendencias. Sin embargo... era un profeta quien hablaba. Al tan hipócrita «desgarro de vestiduras» le siguió, unos meses después, el estupor, pues el pronóstico se confirmó al pie de la letra cuando, en agosto, se firmó el famoso Pacto Ribbentrop-Molotov,⁶ sorprendiendo a todas las potencias occidentales y dejando desconcertada a la opinión pública en vísperas del estallido de la Segunda Guerra Mundial. La lucidez profética del Dr. Plinio quedó aún más patente por los beneficios que ambas potencias obtenían del insólito tratado. No hace falta decir hasta qué punto todo esto contribuyó al aumento del prestigio del *Legionário* y de su director entre los lectores.

Así, semana tras semana, el Dr. Plinio analizaba con lupa todo tipo de

noticias relacionadas con el conflicto mundial, fijando la lente en matices que nadie percibía y sacando de ahí las conclusiones más audaces, cuyo acierto acabaría confirmándose.

«Qui vivra verra»

Otro ejemplo nos lo ofrece un asunto estrechamente relacionado con el anterior. El Dr. Plinio venía denunciando, desde mucho antes de que estallara la guerra, diversas maniobras en la política inglesa que, a su juicio, buscaban favorecer el entreguismo del Imperio británico ante las embestidas expansionistas del Tercer Reich. No escatimó invectivas contra la nefasta diplomacia pacifista de Neville Chamberlain, que culminó con la vergonzosa firma del Acuerdo de Múnich.⁷

Consumada esa enorme derrota moral, que fortaleció al nazismo, diversos indicios dejaban claro al Dr. Plinio que en Inglaterra se urdían conspiraciones con vistas a una política colaboracionista con Alemania, y que el éxito de esas intrigas dejaría a toda Europa y, en consecuencia, al mundo, en manos de la ideología neopagana de Hitler.

En medio de este agitado escenario político-bélico, en el que la pieza representada podría cambiar el destino de la humanidad, en mayo de 1941 el avión pilotado por el número dos del régimen nacionalsocialista, Rudolf Hess,⁸ cayó en suelo británico; un novelesco episodio cuyas motivaciones más profundas siguen envueltas en las brumas del misterio.



Grande era el impacto producido en el público al comprobar que las conjeturas esbozadas por el Dr. Plinio en sus artículos se cumplían al pie de la letra

Visita de los miembros del «Legionário» a Mons. José Gaspar, en el palacio episcopal

En la reseña que escribió en «7 Dias em Revista» comentando ese hecho, el Dr. Plinio no dudó en relacionarlo con las maniobras pronazis mencionadas anteriormente: «El asunto es demasiado confuso, o se ha vuelto demasiado confuso, como para poder formarse una idea clara al respecto. [...] Parece indiscutible que el Sr. Hess no “huyó” de Alemania [según la hipótesis defendida oficialmente por el régimen nazi], sino para realizar un viaje con fines esencialmente políticos». ⁹ Con habilidad, el Dr. Plinio también dejaba entrever cómo lo ocurrido venía a corroborar las sospechas mantenidas a lo largo de los meses anteriores, basadas en los escasos datos recopilados de las agencias telegráficas, y planteaba un interrogante en la mente de los lectores.

Conviene subrayar que sólo en las últimas décadas ha comenzado a prevalecer entre los historiadores, como la hipótesis más plausible, aquello que había sido visto a través de la mirada profética del Dr. Plinio sobre un acontecimiento que alteró de manera decisiva el curso de la Segunda Guerra Mundial. Años más tarde, comentaría: «Churchill dijo que nunca tantos debieron tanto a tan pocos, refiriéndose a los aviadores que defendieron Londres [de los ataques aéreos nazis]. Lo cierto es que los campesinos que capturaron a Rudolf Hess y lo llevaron a la minúscula comisaría de policía, donde quedó detenido, podrían figurar en la lista de esos pocos a los que nunca tantos debieron tanto». ¹⁰

No obstante, lo más sorprendente de todo esto fue la consecuencia que el

Dr. Plinio asoció con el apresamiento del heredero de Hitler. Cuando el mundo había asimilado como algo normal la siniestra alianza nazi-comunista, el mismo artículo señalaba un giro inesperado en el horizonte: «Como todos ven, la colaboración germano-rusa está alcanzando su punto álgido, gracias a la intervención activa de Rusia junto a Alemania en la política asiática. El *Legionário* ya predijo ampliamente todo lo que está ocurriendo. Y, precisamente ahora, cuando esa colaboración parece haber llegado a su cenit, nos permitimos adelantarles una cosa más a nuestros lectores, algo que sin duda los sorprenderá: tal y como están esas relaciones, tan posible es que duren mucho tiempo como que, de repente, Alemania ataque a Rusia. Y todo esto sin que deje de ser perfectamente real la simbiosis nazi-comunista. *Qui vivra verra*». ¹¹

Una vez más, impensables a ojos de cualquier analista político o militar, las palabras del Dr. Plinio alcanzaron una gran repercusión. Apenas había transcurrido un mes cuando la conjetura se hizo realidad: en el momento en que nadie podía esperar la ruptura del Pacto Ribbentrop-Molotov, Alemania emprendió la invasión de Rusia mediante la Operación Barbarroja, introduciendo el conflicto mundial en una nueva y cruelísima fase.

Convocado a dar explicaciones

Tal fue el impacto que produjo el cumplimiento de la predicción hecha

¹ Nota de la redacción: Mandato ejercido en la Asamblea Legislativa Constituyente de 1933, donde el Dr. Plinio fue el diputado más joven y más votado de todo Brasil.

El presente texto ha sido extraído, con ligeras adaptaciones, de: CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. *Plinio Corrêa de Oliveira. Um profeta para os nossos dias*. São Paulo: Lumen Sapientiae, 2017, pp. 124-128; *O dom de sabedoria na mente, vida e obra de Plinio Corrêa de Oliveira*. Città del Vaticano-

no-São Paulo: LEV; Lumen Sapientiae, 2016, t. III, pp. 45-53.

² CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Conferencia*. São Paulo, 23/6/1973.

³ *Idem*. *Conferencia*. São Paulo, 18/2/1989.

⁴ «La revelación profética se extiende no sólo a los sucesos futuros de los hombres, sino también a las cosas divinas, tanto por parte de las cosas que se proponen a todos para que las crean, y que pertene-

cen a la fe, como de los misterios más altos para los más perfectos, que pertenecen a la sabiduría» (SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. II-II, q. 171, pról.).

⁵ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. «Entre o passado e o futuro». In: *Legionário*. São Paulo. Año XII. N.º 329 (1 ene, 1939), p. 2.

⁶ El Pacto Ribbentrop-Molotov recibió su nombre de sus negociadores, los ministros de Asuntos Exteriores de la Unión

Soviética (URSS), Viacheslav Molotov, y de Alemania, Joachim von Ribbentrop. Consistía en un tratado de no agresión entre ambos países, que se comprometían a mantener la neutralidad en caso de que uno de ellos atacara otra nación, a intensificar los intercambios comerciales y a suministrar material bélico a la URSS. El tratado incluía un protocolo secreto que dividía el norte y el este de Europa en esferas de influencia alemana y soviética, un plan que se puso en marcha con la

en el *Legionário*, que el entonces arzobispo de São Paulo, Mons. José Gaspar d'Afonseca e Silva, quiso esclarecer el asunto, quizá porque consideraba que el Dr. Plinio estaba demasiado bien informado. Lo convocó al palacio episcopal y, durante la conversación, le preguntó cómo había sabido del hecho antes de que sucediera. Con sencillez, respondió:

—Señor arzobispo, no sé decirlo. Solo sé que la idea me vino al espíritu de forma natural, mientras pensaba. Entiendo que no estaba al alcance de mi inteligencia.

Esta modesta respuesta demuestra cómo el Dr. Plinio tenía cierta noción de los límites de sus cualidades naturales y del alcance del auxilio sobrenatural, lo que, en otras palabras, puede definirse como una gran humildad. Pero, sobre todo, denota una característica propia del don de sabiduría y del carisma de profecía. No siempre el profeta tiene, desde el primer momento, una conciencia clara de que las mociones del Espíritu Santo en su alma corresponden a dones tan elevados. Esto ocurre, según nos enseña Santo Tomás, porque su mente puede ser ilustrada mediante cierto instinto profético y, en este caso, «a veces es incapaz de distinguir adecuadamente si las ha pensado por instinto divino o por su propio espíritu».¹²

De hecho, el Dr. Plinio hacía estas predicciones no a partir de reglas que él conociera, sino porque, por medio de ese instinto, fijaba la mirada en los acontecimientos y los veía como Dios los ve. Santo Tomás¹³ es preciso al afirmar que ese conocimiento profético pertenece

al género más elevado de conocimiento sobrenatural que el hombre puede poseer sobre la faz de la tierra. Si bien sigue siendo imperfecto en comparación con la visión beatífica, que tiene una dignidad infinita por ser la visión de la esencia de Dios,¹⁴ es superior al que se obtiene a través de visiones imaginarias u otros prodigios análogos, a los que se asocia fácilmente la figura del profeta.

A menudo, al realizar tales análisis bajo el influjo del instinto profético, el Dr. Plinio no percibía de inmediato que se trataba de un soplo directo del Espíritu Santo, y atribuía en gran medida a la lógica natural el fluir de sus predicciones. Sin embargo, en el caso narrado anteriormente y en muchos otros, el hecho de que sus acertadas predicciones se confirmaran, así como la reacción de sorpresa de los demás al darse cuenta de que no se trataba de un fenómeno natural, lo llevaban a reflexionar sobre la existencia de una asistencia especial de la gracia, y acababa por reconocerla.

Él mismo lo explicaría muchos años después: «Me daba cuenta de que Nuestra Señora me había dado, en el orden natural, ciertos dones y ciertas dotes naturales, pero que, con frecuencia, el resultado de mi pensamiento iba más allá de lo que mi inteligencia natural podía alcanzar».¹⁵ ✠



El Dr. Plinio predecía no a partir de reglas que conociera, sino mediante cierto instinto profético, por el que fijaba la mirada en los acontecimientos y los veía como Dios los ve

Monseñor João en diciembre de 2013

invasión de Polonia por ambas naciones. Fue firmado en Moscú el 23 de agosto de 1939 y estuvo en vigor hasta el 22 de junio de 1941, cuando Alemania invadió la Unión Soviética.

⁷ Tras la desintegración del Imperio alemán en 1919, unos tres millones de alemanes vivían en el recién constituido Estado de Checoslovaquia, en una zona montañosa denominada los Sudetes. El régimen nazi de Adolf Hitler, en sus pretensiones expansionistas, exigió la anexión

de esta región a Alemania. En el Acuerdo de Múnich, las potencias europeas, aplicando la «política de apaciguamiento», cedieron ante las presiones del Führer, confiando así en calmarlo. Con la firma del acuerdo, el 30 de septiembre de 1938, Inglaterra y Francia —traicionando sus alianzas militares con Checoslovaquia— entregaron los Sudetes a Hitler, con la condición de que esa fuera su última reivindicación territorial. Sin embargo, el líder nazi no cumplió su palabra

e invadió toda Checoslovaquia en marzo del año siguiente.

⁸ Rudolf Hess (1894-1987) fue un alto dirigente alemán, miembro del Consejo de Defensa del Reich y lugarteniente de Hitler. Poco antes de la invasión alemana de la URSS, voló en solitario a Escocia, pero al saltar en paracaídas se fracturó un pie, fue apresado por unos campesinos y entregado a las autoridades, siendo hecho prisionero.

⁹ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. «7 Dias em Revista». In: *Le-*

gionário. São Paulo. Año XIV. N.º 453 (18 may, 1941), p. 2.

¹⁰ *Idem*. Conferencia. São Paulo, 13/10/1973.

¹¹ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. «7 Dias em Revista». In: *Legionário*. São Paulo. Año XIV. N.º 453 (18 may, 1941), p. 2.

¹² SANTO TOMÁS DE AQUINO, *op. cit.*, q. 171, a. 5.

¹³ Cf. *ibid.*, q. 174, a. 2.

¹⁴ Cf. *ibid.*, I, q. 25, a. 6, ad 4.

¹⁵ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. Conferencia. São Paulo, 9/3/1991.

Eco perpetuo de la voz de Dios

«Cuando falta la profecía, el pueblo se corrompe»
(Prov 29, 18, Vulg.). Entonces, ¿le falta la profecía
a un mundo tan corrompido como el actual?

✎ José Antonio Blanco Soto



A menudo relacionado con ritos esotéricos, adivinos, magia y ocultismo en el paganismo antiguo, el profetismo era una función oscura no sólo por la misteriosa atmósfera que lo rodeaba, sino también por la familiaridad con que quienes lo ejercían trataban con ciertas fuerzas ajenas al mundo visible. Así era como todos los pueblos de la Antigüedad se sometían a auténticos portavoces del demonio, servidores de religiones —unas más, otras menos— aterradoras e inhumanas.

Todos los pueblos... excepto uno: Israel, la raza elegida, el pequeño rebaño del Dios verdadero. Allí sí que había profetas de verdad.

Varones consagrados por entero a la misión de ser hombres-símbolo, portadores de los mensajes del Señor de los ejércitos, heraldos de castigos y recompensas, de reprensiones y promesas; en una palabra, hombres que personificaban, por así decirlo, el pensamiento y los deseos de Dios.

Basta con recordar a San Elías, profeta que surgió como fuego y cuyas palabras ardían como una antorcha. Tras haber precipitado a reyes a la ruina y haber sido «designado para reprochar los tiempos futuros, para aplacar la ira [del Señor] antes de que estallara, para reconciliar a los padres con los hi-

jos y restablecer las tribus de Jacob» (Eclo 48, 10), no predijo nada, o casi nada, sobre el futuro. Sin embargo, en la transfiguración del Señor en el monte Tabor, aparecieron, como síntesis de todo el Antiguo Testamento, Moisés, representando la ley, y Elías, la profecía.

*La tradición cristiana
llama profeta a quien
habla en nombre de
Dios, el intérprete
por medio del cual
Él comunica al
pueblo sus designios*

Así pues, quien recorre las páginas del Antiguo Testamento comprende que ser profeta es algo más que predecir el futuro.

La voz de Dios para su pueblo

La tradición cristiana llama profeta a aquel que habla en nombre de Dios, el intérprete por medio del cual Él comunica al pueblo sus designios y sus verdades.

Es lo que encontramos, por ejemplo, en el libro del Éxodo. A pesar de los diversos intentos por liberar a Israel del yugo egipcio, la esclavitud de los hebreos se recrudecía. Ante el fracaso, Moisés clama a Dios: «Soy torpe de palabra, ¿cómo me va a hacer caso el faraón?» (Éx 6, 30). Y el Señor le responde: «Mira, te hago ser un dios para el faraón; y Aarón, tu hermano, será tu profeta» (Éx 7, 1). Esta afirmación deja muy claro que el profeta es aquel que sirve de voz al Altísimo.

Más de la mitad de los libros del Antiguo Testamento narran acontecimientos relacionados con la vida de los profetas. La teología ha podido encontrar en ellos abundante material sobre el que fundamentar explicaciones acerca del profetismo, desconocidas a menudo hoy para gran parte de los católicos.

Parece apropiado, por tanto, abordar este tema tan amplio e importante, estudiándolo sobre todo a la luz de una gran lumbrera de la teología católica: Santo Tomás de Aquino.

El don de profecía en la pluma del Doctor Angélico

En primer lugar, debemos tener en cuenta que el don de profecía forma parte de aquellas gracias llamadas *gratis datae* y se refiere tanto al conocimiento de hechos futuros como al discernimien-

to de espíritus y a los misterios que trascienden las verdades comunes de la fe.¹

El Doctor Angélico divide la profecía en tres categorías: de predestinación, de presciencia y de conminación.

La primera se refiere a aquellos vaticinios que han de cumplirse necesariamente, pues Dios los ha dispuesto para tal fin; en ellos no influyen los actos de los hombres, ya que los designios divinos son inmutables. Consiste, en resumen, en una revelación de aquello que el Todopoderoso realizará. Como ejemplos, podemos recordar las profecías acerca de la venida del Mesías en el Antiguo Testamento.

Si en este tipo de profecía le es dado al individuo conocer lo que Dios hará, en la de presciencia contempla los acontecimientos futuros determinados por las decisiones de los hombres. Tal es el caso, por ejemplo, de los vaticinios sobre guerras o invasiones en tiempos de los reyes de Israel.

Por último, la profecía de conminación es aquella que anuncia las consecuencias de los actos presentes, sin descartar la posibilidad de que cambien si se produce la conversión y el arrepentimiento de los hombres. El anuncio de la destrucción de Nínive hecho por Jonás, que tuvo como resultado la contrición de los ninivitas,

es un ejemplo típico de ese género de profecía. Así lo señala la Sagrada Escritura: «Vio Dios su comportamiento, cómo habían abandonado el mal camino, y se arrepintió de la desgracia que había determinado enviarles. Así que no la ejecutó» (Jon 3, 10).

No obstante, como hemos dicho anteriormente, el profetismo rebasa la mera consideración de los acontecimientos fu-

El profetismo rebasa la mera consideración de los acontecimientos futuros, se extiende a todo lo que es útil y necesario conocer para la salvación

turos y se extiende a todo aquello que es útil y necesario conocer para la salvación. El carisma profético juzga también, desde la perspectiva divina, las costumbres, las tendencias y las doctrinas. Sus juicios son infalibles, porque, al ser infundidos por Dios en el alma del profeta, no pueden contener error.²

Por esta razón, en el Antiguo Testamento los profetas permanecían siempre al lado de los monarcas: por encima de los reyes, los varones de Dios poseían el «criterio divino» para valorar infaliblemente los acontecimientos. Al soberrano que acataba los consejos del profeta le eran concedidas las bendiciones del Cielo; al que desobedecía, no había calamidad que no pudiera sobrevenirle.

El profeta desempeñaba un papel central; era como la ley viva, el punto de referencia hacia el cual debía volverse toda la jerarquía del pueblo elegido para ser agradable al Señor. Por otra parte, en el Antiguo Testamento, tocar a un profeta era como tocar a Dios.

¿Sólo en el Antiguo Testamento?

El carisma profético en la Iglesia

Del mismo modo que solemos restringir el don de profecía a la simple predicción del futuro, igualmente tendemos a circunscribir la actuación de los profetas al período anterior a la encarnación del Verbo. En realidad, «la venida de Cristo a este mundo, lejos de eliminar el carisma de profecía, provocó, por el contrario, la expansión que había sido predicha. “¡Ojalá todo el pueblo fuera profeta!” (Núm 11, 29), deseaba Moisés».³

Esa confusión puede explicarse por el hecho de que normalmente asociamos



En el Antiguo Testamento, el profeta era como la ley viva, el punto de referencia hacia el cual el pueblo elegido debía volverse a fin de ser agradable al Señor

De izquierda a derecha: profetas Jeremías, Moisés y Elías - Museo Santa María della Scala, Siena (Italia).
En la página anterior, réplica del profeta Habacuc, de Aleijadinho - Casa Lumen Maris, Ubatuba (Brasil)



Siempre ha habido en la trayectoria bimilenaria de la Iglesia almas escogidas por Dios, a semejanza de los profetas de antaño, para influir en la humanidad

Santa Catalina de Siena ante el papa Gregorio XI - Santuario de Santa Catalina, Siena (Italia)

la comunicación profética con grandes arrobos místicos, acompañados de visiones de seres misteriosos o imágenes de proporciones gigantescas, como las de los célebres pasajes veterotestamentarios. Ahora bien, Santo Tomás nos explica que «más excelente es la profecía cuanto menos necesita de la visión imaginaria».⁴ En otras palabras, el carisma profético es más perfecto cuanto más se expresan las verdades mediante pensamientos e inspiraciones y menos mediante imágenes materiales.

Era lógico que los profetas posteriores a la Redención fueran favorecidos preferentemente con esa forma superior de profecía. Sin embargo, poco se habla del carácter profético en la vida de la Iglesia, pese a ser muchas veces el punto en torno al cual se esclarecen grandes y complejas hagiografías: «Sería difícil comprender la misión de muchos de los santos de la Iglesia sin hacer referencia al carisma profético».⁵

El propio San Pablo reconoce esa centralidad del espíritu de profecía cuando afirma que la Iglesia, cuya piedra angular es Cristo, se asienta únicamente sobre dos pilares: los apóstoles y los profetas (cf. Ef 2, 20). Y ello

*El carisma profético
es más perfecto
cuanto más se
expresan las verdades
por pensamientos e
inspiraciones y menos
por imágenes materiales*

porque el profeta «es el que sabe leer en la trama de los acontecimientos el designio de Dios, el que sabe interpretar el sentido religioso de los hechos».⁶

Como explica el cardenal Charles Journet, la Iglesia no sólo conoce el depósito revelado, sino que además recibe, por medio de los profetas, luces sobre la situación del mundo y el discernimiento de los espíritus. Ellos sabrán percibir, a la luz divina, los males de su época y prescribir los verdaderos remedios: «Mientras la masa parezca herida de ceguera, mientras incluso los mejores vacilen o anden a tientas, ellos irán directamente al blanco con un infalible y sobrenatural instinto».⁷

El profetismo no ha muerto

Contra el hecho de que el profetismo subsista en nuestros días, podría plantearse la siguiente objeción: los profetas de la Antigua Ley transmitían al pueblo las palabras que Yahvé quería dirigirle; no obstante, habiéndose encarnado el propio Verbo, ¿qué más tendría que decirle el Altísimo al mundo? Ya está todo dicho...

Es muy cierto. Pero la humanidad siempre ha necesitado —y hoy más que nunca— hombres y mujeres que actualicen el mensaje de Dios conforme a los problemas de cada época. Por eso, el Aquinate aclara que en ninguna etapa de la historia ha faltado en la Iglesia alguien dotado del espíritu de profecía para guiar la actividad humana según los designios del Creador.⁸

Así, apoyándose en la multisecular doctrina cristiana, Mons. João Scognamiglio Clá Dias explica que «además del profetismo oficial existente en el Antiguo Testamento, siempre ha habido, en la trayectoria bimilenaria de la Esposa Mística de Cristo, hombres y mujeres que, a semejanza de los profetas de antaño, fueron elegidos por Dios para influir en la humanidad según los designios del Altísimo. Son los fundadores y fundadoras de las órdenes religiosas; los santos y santas de singular relevancia, que dejaron una huella indeleble en la sociedad civil y religiosa de su época; los pontífices intrépidos que supieron ejercer con mano firme el poder que les había conferido el propio Cristo. Ya fueran clérigos, religiosos o laicos, en ellos brillaba una luz divina que arrebatava a las almas y las conducía por los caminos escogidos por la Providencia».⁹

¿No es verdad que podemos discernir una misión profética en la acción de San Benito, patriarca de la Europa cristiana, o en la gesta evangelizadora de los hijos de San Ignacio en las Américas, así como en su lucha contra la seudorreforma protestante? ¿O incluso en las encendidas predicaciones de San Francisco de Paula, San Vicente Ferrer y San Luis Grignon de Montfort, y en las graves

amonestaciones que Santa Catalina de Siena dirigía a los Papas de su tiempo? ¿Qué decir, entonces, de la luminosa trayectoria de Santa Juana de Arco, la pastorcita de Lorena que comandó ejércitos, venció batallas, coronó al rey de Francia y en varias ocasiones redujo al silencio a un tribunal de doctos, guiada por voces angélicas y mociones interiores?

La vida de aquellos que, guiados por una clara moción del Espíritu Santo, lucharon por los derechos de la Iglesia contra sus enemigos internos y externos, encubiertos o declarados, presenta con mucha frecuencia rasgos inequívocos de auténtico profetismo.

¡Qué días tan grandiosos vivimos!

Todo esto nos desvela un horizonte imponente: ¡qué grandiosa es la historia de la Iglesia! Algunos piensan que en nuestros días ya no acontecen hechos gloriosos y que las hazañas de los grandes hombres del pasado no se repiten. ¡Se equivocan!

A decir verdad, vivimos en uno de los momentos más decisivos de la historia. En este siglo en que la distinción entre el bien y el mal parece abolida, en que se ponen en duda las verdades más elementales, en que cada cual se arroga el derecho de redefinir los principios fundamentales de la moral y de reinterpretar la ley de Dios según su propio criterio egoísta; en estos tiempos, en definitiva, en los que el mundo avanza, como nunca antes, hacia su propia destrucción, ¿habría enmudecido Dios?

¡No! «La voz de Dios —asegura Mons. João— se hace oír hoy, como a lo largo de dos mil años, a través del

magisterio de la Santa Iglesia. [...] Pero también está presente por medio de aquellos que se distinguen por su fidelidad a ese magisterio».¹⁰

*«La voz de Dios
—asegura Mons.
João— se hace oír
hoy, como a lo largo
de dos mil años, a
través del magisterio
de la Santa Iglesia»*

No rehuyamos esta inmensa, pero cuán gloriosa, responsabilidad: partícipes de la misión profética de Cristo por el bautismo, nosotros —y no otros— estamos llamados a ejercer el profetismo en nuestro tiempo, cada uno según su estado y condición. Únicamente hace falta esto: que seamos católicos, no sólo de nombre, sino de verdad; católicos fervientes, con una vida sacramental intensa y una piedad ardiente. Si abrazamos esa condición con toda nuestra alma, Dios nunca dejará de mostrarnos los rumbos que debemos seguir. Así podremos caminar con seguridad a la luz de su divina voluntad y guiar a muchos otros a la salvación. ✠



Gustavo Kralj

Partícipes de la misión profética de Cristo por el bautismo, estamos llamados a ejercer el profetismo en nuestro tiempo, cada uno según su estado

Nuestro Señor enseñando - Catedral de Notre Dame, París

¹ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. II-II, q. 171. Las gracias *gratis datae* son dones que no están destinados propiamente a la santificación personal de quienes los reciben, sino que se conceden en beneficio de terceros. La profecía se encuadra en esta categoría por estar ordenada al bien de la comunidad.

² Cf. *ibid.*, a. 6.

³ BEAUCHAMP, SJ, Paul. «Prophète». In: LÉON-DUFOUR, Xavier (Dir.). *Vocabulaire de Théologie Biblique*. 13.^a ed. París: Du Cerf, 2009, p. 1056.

⁴ SANTO TOMÁS DE AQUINO, *op. cit.*, q. 174, a. 2, ad 2.

⁵ BEAUCHAMP, *op. cit.*, p. 1057.

⁶ CIARDI, Fabio. *Los fundadores, hombres de espíritu. Para una teología del carisma de fundador*. Madrid: Paulinas, 1983, p. 271.

⁷ JOURNET, Charles. *L'Église du Verbe Incarné*. Saint-Maurice: Saint-Augustin, 1998, t. I, pp. 282-283.

⁸ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *op. cit.*, a. 6, ad 3.

⁹ CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. *Plinio Corrêa de Oliveira. Um profeta para os nossos dias*. São Paulo: Lumen Sapientiae, 2017, p. 13.

¹⁰ *ibid.*, p. 14.



María eternizada en la historia

A lo largo de los siglos se advierte la transmisión de cierto espíritu de Elías que, como preciosa herencia, pasa misteriosamente de generación en generación.

✠ Rubén Manuel Cunha Guimarães



Al ser arrebatado en un torbellino de fuego, Elías arrojó su capa sobre Eliseo, el discípulo fiel. El manto, al caer a los pies de su sucesor, simbolizaba la transmisión de la doble porción del espíritu del maestro. Así, Elías no moría: como el sol, simplemente comenzó a brillar en nuevos horizontes, pues «*quedó en Eliseo la plenitud de su espíritu*» (Eclo 48, 13, Vulg.).

Malaquías, el último de los doce profetas menores, al concluir sus profecías, predice acerca de los últimos tiempos: «*Os envió al profeta Elías, antes de que venga el Día del Señor, día grande y terrible*» (3, 23).

San Juan Bautista vino «delante del Señor, con *el espíritu y poder de Elías*» (Lc 1, 17). El propio Jesús dijo que veía en él a «*Elías, el que tenía que venir*» (Mt 11, 14). Y además anuncia otro profeta de igual estatura: «*Elías vendrá*» (Mt 17, 11).

* * *

Al meditar estos pasajes, surge una ineludible conclusión: existe la transmisión de un espíritu de Elías que, como preciosa herencia, pasa misteriosamente de generación en generación.

¿Qué cadena une, por encima del tiempo, a hombres tan distantes en una emblemática y mística descendencia espiritual que, utilizando una expresión del Prof. Plinio Corrêa de Oliveira, podríamos denominar *filón elíático*?¹

Volvamos al patriarca de la familia.

El Carmelo, la nube y la promesa

Irrompiendo como un connubio entre la llama y la tormenta, Elías hizo caer fuego tres veces y precipitó a los reyes a la ruina (cf. Eclo 48, 3.6). Ahora bien, por paradójico que parezca, fue el primer devoto de María. Cuando ascendió al monte Carmelo para implorar a Yahvé el fin de una gran sequía —símbolo de la humanidad que espera la Redención—, divisó una nubecilla que presagiaba una lluvia abundante. En esa pequeña señal vislumbró a la propia «Virgen Madre de Dios, quedando por esto la institución profético-monástica del Carmelo enteramente orientada hacia María».²

En esa misma cima, el Tesbita estableció profetas para que le sucedieran (cf. Eclo 48, 8), no sólo a Eliseo, sino también a muchos otros discípulos que vivían en comunidad, allí donde había sido prefigurada la Madre del Salvador. Por entonces, puede decirse que los «hijos de San Elías practicaban aquello que parece ser la flor de la piedad elíática: la esclavitud a Nuestra Señora».³

Juan el Bautista vino a confirmar el aspecto mariano de este simbólico filón. En todo semejante a los profetas del Carmelo —virgen, asceta y habitante de los montes y los desiertos, vió «siguiendo el ejemplo de Elías y

Eliseo»⁴—, los superó, sin embargo, en intimidad con la Virgen prometida. Al oír su voz, fue santificado por Ella (cf. Lc 1, 44).

El espíritu de María

Contemplado ese filón desde una perspectiva profética y marial, todo se aclara. La cadena que une a personajes tan dispares en torno a un mismo espíritu sólo puede ser la de los esclavos y devotos de la Santísima Virgen; ellos se lo entregan todo y Ella se les da por entero. El espíritu de Elías se presenta así como el propio espíritu de Nuestra Señora, presente y actuante en sus hijos predilectos: «El espíritu de María es el de la santa esclavitud».⁵

El filón elíático es depositario del espíritu de la Virgen en aquello que más caracteriza a un profeta: la mediación entre el Altísimo y los hombres, el «celo por la gloria de Dios, agilidad de águila para la contemplación divina y santa cólera contra los demonios».⁶ Se trata, por así decirlo, de la prolongación histórica de la presencia de María, «una inmensa veta que, vista en su conjunto, acaba presentándose ante nosotros como una unidad de hombres que se tocaron unos a otros al menos con la punta del dedo».⁷

Pues bien, tal presencia de Nuestra Señora ya se respiraba en esta tierra de exilio antes incluso de que Ella naciera.

A la espera de la Prefigurada

En el filón marial, Noé reflejó a la Reina universal al «invocar la ira misericordiosa y justiciera de Dios»,⁸ al convertirse en padre de una nueva humanidad, profetizó a la Madre de los redimidos.

Otros personajes, como Melquisedec y Rebeca, representarían diversos matices de la luz que habría de ser María, en los momentos de mayor decadencia del género humano. Serían el puente de la fidelidad tendido sobre aquellos abismos: ya fuera Noé bajo las olas del diluvio, Melquisedec en un escenario politeísta o Elías durante la apostasía de Israel... cada cual profetizó en el desierto la llegada triunfal de la «Nubecilla».

Secreto custodiado a lo largo de los siglos

Llegó entonces la «plenitud de los tiempos» (Gál 4, 4). Y el filón, cual glorioso y estrecho istmo, se encontró con el continente que anhelaba: María. Al fin, aquella cadena sagrada que había enlazado misteriosamente a los profetas de la Virgen Madre vincularía, a plena luz del día, a sus esclavos de amor.

San Juan Evangelista, por la misión que Jesús le encomendó en la cruz de acoger a María en su casa (cf. Jn 19, 27), aparece como el primer responsable de esta epifanía. En esos momentos de intimidad filial, cabe pensar que la Madre

de la Iglesia le confiara los secretos de su corazón, en particular respecto a una relación más cercana con Ella, más tarde llamada *esclavitud de amor*. Se inició entonces, a lo largo de la historia, un movimiento de especial enternecimiento entre quienes se pusieron bajo el patrocinio de Nuestra Señora.

Por citar un ejemplo remoto, en la oración mariana más antigua, el *Sub tuum praesidium*, se aprecia el cántico del alma de un siervo que se pone en manos de su Señora: «Bajo tu amparo nos acogemos, Santa Madre de Dios; no desprecies las súplicas que te dirigimos en nuestras necesidades; antes bien, líbranos siempre de todo peligro, ¡oh Virgen gloriosa y bendita!».

Si abrimos, además, la hagiografía del siglo x, hallaremos otro ejemplo. En una capilla solitaria, San Odilón, abad de Cluny, se consagraba perpetuamente como esclavo de la Virgen gloriosa.⁹

Pasando por San Bernardo, Santa Catalina de Siena y muchos otros sagrarios de esta especial devoción, podemos descubrir, ya en el siglo xviii, a «un hombre de fuego, dotado del espíritu y la fuerza de Elías: San Luis María Grignon de Montfort».¹⁰ A él le correspondía proclamar a los cuatro vientos el secreto custodiado por el filón marial: «hacerse esclavo amoroso de la Santísima Virgen, a fin de ser, de este modo, más perfectamente esclavo de Jesucristo».¹¹

Hasta el fin del mundo

Después del Apóstol de María, ¿se extinguió aquella estirpe de la Virgen que la perpetúa en los momentos de mayor catástrofe moral? No.

En el mismo libro en el que revela dicha esclavitud, San Luis también profetiza quiénes serían los posteriores eslabones de la cadena marial: «Éstos serán los verdaderos apóstoles de los últimos tiempos. [...] Llevarán sobre sus hombros el estandarte ensangrentado de la cruz, el crucifijo en la mano derecha y el rosario en la izquierda. [...] He aquí los grandes hombres que han de venir y que María formará, por orden del Altísimo, para extender su imperio sobre el de los impíos».¹²

Sólo así se explica que, según los Padres de la Iglesia, Elías «vendrá en el segundo advenimiento del Salvador».¹³ Será su espíritu —o, mejor dicho, el espíritu de los esclavos de María— el que se enfrentará al anticristo (cf. Ap 11, 3-12).

Pero, como «muchos anticristos han aparecido» (1 Jn 2, 18), no es posible que la Madre y Señora desampare a sus hijos y devotos.

Por eso, «en la convulsionada época en que vivimos, semejante a una noche profunda, debemos pedir la gracia de que ese espíritu de Elías vuelva a brillar sobre el mundo».¹⁴ ✠

¹ Cf. CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. *El don de la sabiduría en la mente, vida y obra de Plinio Corrêa de Oliveira*. Città del Vaticano-Lima: LEV; Heraldos del Evangelio, 2016, t. iii, p. 316.

² FANTI, Bartolomé; XIBERTA, OCarm, M. *La fiesta de la Virgen del Carmen*, apud LÓPEZ MELÚS, OCarm, Rafael María. *El profeta San Elías. Padre espiritual del Carmelo*. Onda: Amacar, 1986, p. 138.

³ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Conferencia*. São Paulo, 20/7/1983.

⁴ FANTI, Bartolomé; XIBERTA, OCarm, M. *La fiesta de la Virgen del Carmen*, apud LÓPEZ MELÚS, OCarm, Rafael María. *El profeta San Elías. Padre espiritual del Carmelo*. Onda: Amacar, 1986, p. 138.

⁵ LHOUMEAU, Antonin. *La vie spirituelle à l'école du Bienheureux L.-M. Grignon de Montfort*. 4.^a ed. Tours: Alfred Mame et Fils, 1920, p. 221.

⁶ CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. *¡María Santísima! El Paraíso de Dios revelado a los*

hombres. Lima: Heraldos del Evangelio, 2020, t. iii, p. 56.

⁷ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Charla*. Amparo, 26/2/1966.

⁸ CLÁ DIAS, *¡María Santísima! El Paraíso de Dios revelado a los hombres*, op. cit., p. 52.

⁹ Véase el artículo «En el cuerpo, libre por el milagro; en el alma, por la esclavitud», de esta edición.

¹⁰ CLÁ DIAS, *¡María Santísima! El Paraíso de Dios revelado a los hombres*, op. cit., p. 105.

¹¹ SAN LUIS MARÍA GRIGNON DE MONFORT. *Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen*, n.º 75.

¹² *ibid.*, n.º 58-59.

¹³ SAN JERÓNIMO. *Comentarios al Evangelio de San Mateo*, L. III, c. 17: PL 26, 124; cf. SAN AGUSTÍN DE HIPONA. *Epístola 193*, c. iii, n.º 5.

¹⁴ CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. «La fuerza de la predestinación eterna». In: *Lo inédito sobre los Evangelios*. Città del Vaticano-Lima: LEV; Lumen Sapientiae, 2013, t. vii, p. 85.



Guardaos de los falsos profetas

✠ P. Felipe de Azevedo Ramos, EP



El fraude convive con la humanidad desde la caída en el Paraíso: el pecado original surgió precisamente mediante un embuste de la serpiente, y sus estragos no terminaron ahí... Tras reírse Sara de la promesa divina de que daría a luz un hijo en su vejez, le mintió a Dios excusándose de haber cometido semejante ligereza (cf. Gén 18, 10-15). Los hermanos de José engañaron a Jacob al sugerirle que su hijo predilecto había sido devorado por una bestia (cf. Gén 37, 33). Por último, el propio deicidio tuvo por precio la impostura de Judas, el traidor por antonomasia.

Si endémica resulta la farsa a lo largo de la historia, no menos universal parece la aversión hacia ella. Célebre es la sentencia de San Agustín: «Muchos he tratado a quienes gusta engañar; pero que quieran ser engañados, a ninguno» (*Confesiones*. L. X, c. 23, n.º 33). Existen, por supuesto, muchos niveles de distorsión de la verdad. La peor de todas es, sin duda, la de índole religiosa, pues, como comenta en otra obra, constituye «la mentira capital, y primera que hay que evitar» (*Sobre la mentira*, c. XIV, n.º 25).

Bajo ese prisma, el 14 de julio de 1269, Santo Tomás de Aquino hizo una predicación sobre el siguiente pasaje del Evangelio de San Mateo: «Guardaos de los falsos profetas; vienen a vosotros disfrazados con pieles de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces. Por sus frutos los conoceréis» (7, 15-16). Este sermón se conoce por el *incipit* latino del primer versículo: *Attendite a falsis prophetis*.¹

¿Cómo reconocer a un falso profeta?

La intención del Aquinate con esta predicación es clarísima: advertir a los oyen-

tes contra las insidias de los malhechores, en particular contra la especie más nociva de éstos: los falsos profetas. Así pues, para entenderlos mejor, empieza por definir la naturaleza del verdadero profeta.

El término *profeta* tiene cuatro acepciones: 1) la persona *objeto* de la revelación divina; 2) el que *comprende* las cosas reveladas; 3) el que *recita* las cosas reveladas; 4) el que *realiza milagros*, como Eliseo, quien ya muerto «profetizaba» (cf. Eclo 48, 14), es decir, «realizaba milagros proféticos» (1.2.4). Cristo mismo era tenido por profeta por los judíos en virtud de los prodigios que obraba (cf. Lc 7, 16).

*Los falsos profetas
no enseñan, engañan.
Relativistas, se
disfrazan con pieles
de oveja y se valen de
argumentos sofistas
para menoscabar la fe*

Una vez establecido este patrón, ¿cómo identificar entonces a un falso profeta? El Doctor Angélico ofrece cuatro criterios de falsedad: de la doctrina, de la inspiración, de la intención y de la vida.

Ante todo, los falsos profetas no enseñan, sino que engañan. La auténtica profecía, en cambio, se centra en la verdad. Al tergiversarla, el heresiarca Arrio ganó adeptos, con la pretensión de «corregir» la propia doctrina de Cristo (cf. 1.3.1). Ahora bien, ¿cuántos, en la historia y has-

ta en nuestros días, no han seguido esas mismas sendas, al difundir una moral antagónica al Evangelio? ¿Falsos profetas!

Los seudoprofetas son, además, relativistas: «afirman que el bien es el mal y que el mal es el bien» (1.3.1). Aquí el Aquinate no se refiere solamente a los propagandistas del error descarado, sino también a los sutiles maquilladores de la verdad, que obran según su conveniencia personal. Es el caso de quien profiere un falso elogio para minimizar los logros reales del prójimo, o de quien, bajo una interpretación adulterada de la vocación consagrada, «impide que otros entren en la vida religiosa» (1.3.1). Se trata de una «errónea y pestilencial doctrina» (*Contra retrahentes*, c. XVI).

La falsedad de la inspiración constituye, asimismo, un evidente indicio para el discernimiento de la profecía. Esto ocurre cuando el sujeto ya no es movido por el divino Paráclito, sino por el diablo —como señala Jeremías: «Los profetas profetizaban por Baal» (Jer 2, 8)— o por su propio espíritu, conducta duramente reprendida por el Señor: «¡Ay de los profetas insensatos que siguen su propio espíritu y no ven nada!» (Ez 13, 3, Vulg.).

Desde esta perspectiva, Santo Tomás desenmascara a los bufones autoproclamados sabios: repiten con arrogancia las elucubraciones de los sofistas, menoscabando al mismo tiempo la fe. ¡Falsos profetas! Despreciándolos, el Aquinate asevera: «Una viejecita de hoy sabe más sobre las cosas que conciernen a la fe que todos los filósofos de antaño» (1.3.2.b).

En cuanto a la intención, el juicio se muestra severo. El afán de lucro, la bús-

queda de ventajas temporales o el deseo de fama son señales inequívocas de embuste, como la maquiavélica artimaña de Simón el Mago (cf. Hch 8, 9-24). El Doctor Angélico compara ese pecado con el adulterio, pues tal disimulación adultera la Palabra de Dios.

Por último, a diferencia de Cristo, que «obró y enseñó desde el principio» (Hch 1, 1), el falso profeta «enseña una cosa, pero vive otra» (1.3.4). La conducta del verdadero profeta siempre es congruente con su mensaje.

Pieles de oveja: insidias de los falsos profetas

Los falsos profetas se disfrazan con pieles de oveja para ocultar su malicia bajo la máscara de la virtud. Con este ardid, «engañarán a muchos» (Mt 24, 5), llegando incluso a formar una «generación mala» (Mt 16, 4).

Mientras las verdaderas ovejas escuchan la voz del Buen Pastor (cf. Jn 10, 27), las impostoras se revisten de apariencia de santidad. Su propósito es claro: embaucar a los buenos. Para ello, se valen de cuatro «pieles» ficticias: la adoración, la justicia, la penitencia y la inocencia.

Con la «piel» de la adoración, los lobos caracterizados como ovejas usurpan el sitio del Pastor. Como aspiran a ser vistos por los hombres en sus oraciones (cf. Mt 6, 5), acaban exigiendo para sí el culto exclusivo a Dios; por consiguiente, bien pueden ser llamados «falsos cristos» (Mt 24, 24).

La «piel» de la justicia tiene las costuras del modelo farisaico, que exige un escenario donde pavonearse: «Cuidad de no practicar vuestra justicia delante de los hombres para ser vistos por ellos. [...] Cuando hagas limosna, no mandes tocar la trompeta ante ti, como hacen los hipócritas» (Mt 6, 1-2).

La «piel» de penitencia es un remedo de virtud, pura exterioridad. El ayuno no sirve para la mortificación de la carne ni para el progreso espiritual, sino para la exhibición pública. Conviene proceder con circunspección,

pues «puede ser motivo de jactancia el hecho de que una persona vista un atuendo más humilde de lo que exige su estado» (2.2.3). El orgullo no se cubre solamente con suntuosas vestiduras, sino que puede disfrazarse de falso pauperismo bajo apariencia de austeridad.

Finalmente, está la «piel» de la inocencia. Los lobos aparentan pureza, pero son como «sepulcros blanqueados, [...] llenos de huesos de muertos y de podredumbre» (Mt 23, 27).

Los lobos son hipócritas: ¿cómo desenmascararlos?

El hipócrita es un depredador: al igual que el lobo persigue al rebaño, aquel saquea los bienes del cuerpo y del alma. La saña lupina se muestra despiadada: busca dispersar a las ovejas (cf. Jn 10, 12), sin escatimar esfuerzos para apresarlas; su voracidad es insaciable (cf. Hch 20, 29).

La principal precaución de la oveja consiste en el discernimiento, cuya regla de oro nos legó el divino Maestro: «Por sus frutos los conoceréis». Si «el fruto del Espíritu es amor, alegría y paz» (Gál 5, 22), el fruto de esas fieras sólo puede ser la podredumbre. En ellas no reside la caridad, sino la ambición desenfundada: siempre quieren los primeros puestos (cf. Mt 23, 6).

Además, «de lo que rebosa el corazón habla la boca» (Mt 12, 34). Las palabras de esos charlatanes son un reflejo de su interior. Puede que incluso digan verdades y pronuncien discursos elocuentes, pero tarde o temprano se les caerá la máscara.

La jauría del mal, siempre al acecho para embaucar a los incautos, es reconocible por sus obras. Se delata por la agitación y la impaciencia, pues, como enseña el libro de los Proverbios, «en las ganancias del impío no hay más que inquietud; [...] la doctrina del hombre se conoce por la paciencia» (15, 6; 19, 11, Vulg.).

Los lobos con piel de oveja seguirán existiendo hasta la venida definitiva de Cristo. «Harán signos y portentos para engañar, si fuera posible, a los elegidos. ¡Estad atentos!, que os he prevenido de todo» (Mc 13, 22-23). Si ingentes son las maquinaciones de estos falsos profetas, aún mayores deben ser los antídotos para combatirlas. Por nuestra parte, todo se define por la fidelidad: «La victoria sobre el mundo es nuestra fe» (1 Jn 5, 4). ✠

¹ La división del texto se basa en la traducción publicada en: *Lumen Veritatis*. São Paulo. Año X. N.º 38 (ene-mar, 2017), pp. 101-117.

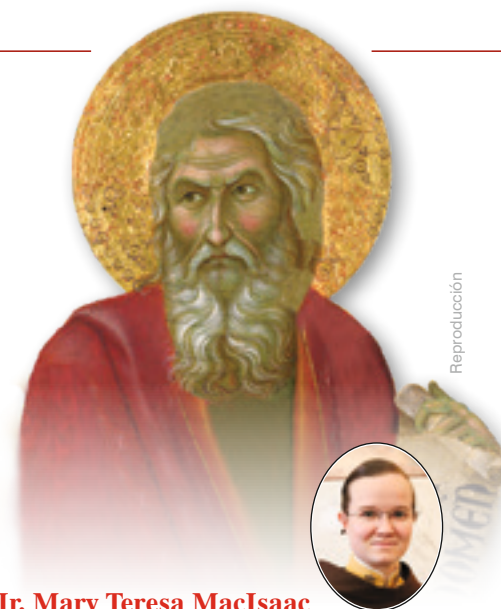
Al igual que un lobo insaciablemente voraz que persigue al rebaño para dispersar a las ovejas y devorarlas, el hipócrita saquea los bienes del cuerpo y del alma

«El lobo y la oveja», de Jean-Baptiste Oudry



El profeta mesiánico

Isaías iluminó la historia del pueblo hebreo, enriqueció las Escrituras con sus magníficas profecías y, más aún, proclamó con su propia vida las glorias del Mesías y de la Iglesia.



✚ Ir. Mary Teresa MacIsaac

Elogiado por la Sagrada Escritura como «santo profeta» y «fiel a los ojos del Señor» (Eclo 48, 23.25, Vulg.), Isaías es reconocido por la larga duración de su vida pública y por el rico contenido de sus escritos. Considerado el primero de los cuatro profetas mayores del Antiguo Testamento, fue un varón clave en la historia hebrea y un ardiente anunciador de la salvación mesiánica. Su nombre, muy acertadamente, significa *Dios salva*.

Como es propio de la vocación profética, sus vaticinios trascienden el contexto inmediato de su tiempo: se aplican a Nuestro Señor Jesucristo y a la obra redentora realizada por Él, así como a la trayectoria de la Santa Iglesia. Sus profecías arrojan luz, incluso, sobre los días en que vivimos.

Una reflexión en profundidad acerca de su vida y misión nos ayudará a comprender mejor sus escritos, frecuentes en las lecturas de la santa misa y de la liturgia de las horas, y nos revelará la grandeza de los planes que Dios ha trazado para la humanidad.

Profeta de la esperanza

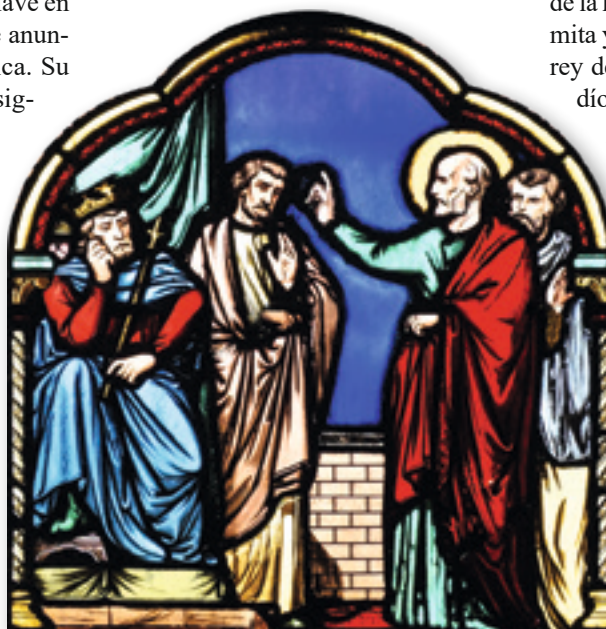
Hijo de Amós (cf. Is 1, 1; 2, 1), Isaías nació hacia el 770-760 a. C. Sus escritos y sus indicaciones precisas sobre Jerusalén dan a entender que era originario de la capital de Judá, ya que denotan una elevada formación cultural, difícil de adquirir en ciudades más

pequeñas. Su ministerio profético comenzó durante el reinado de Ozías; en el 740 a. C. —año de la muerte del monarca—, el joven profeta, de unos 20 años, ya ejercía su misión en Jerusalén, y se prolongó durante los reinados de Jotán, Ajaz y Ezequías.¹

Isaías vivió en una época convulsa de la historia hebrea: la crisis siro-efraimita y la invasión de Teglafalasar III,² rey de los asirios. En su tierra, los judíos se encontraban en un estado de gran relajación moral y religiosa.

En este contexto, la predicación del profeta adopta dos vertientes: el aliento dado al pueblo frente a sus enemigos, con la promesa de la venida del Salvador —éste es el período de las profecías sobre el Emmanuel, el «Dios-con-nosotros» (Is 7, 14; cf. Mt 1, 20-23)—, y la vehemente reprensión por su estado de desamor al Señor.

Isaías se refiere a Dios, de manera enfática, como «el Santo de Israel» (Is 10, 20), para exhortar al pueblo a ser santo como Él es santo. En sus oráculos, el Señor es presentado revestido de majestad, entronizado como Rey del universo y Juez de



Isaías vivió en una época convulsa de la historia hebrea. En su tierra, los judíos se encontraban en un estado de gran relajación moral y religiosa

El profeta ante el rey Ozías - Iglesia del Sagrado Corazón, Moulins (Francia); arriba, Isaías, de Ugolino di Nerio - Galería Nacional, Londres

las naciones, y en particular, del pueblo elegido.

Entre palabras de temor y esperanza, el profeta reanima a los hijos de David, convocándolos a seguir las sendas de la virtud; pero no vacila en anunciar la ruina de Israel y de Judá como consecuencia necesaria de sus infidelidades. En el tercer capítulo de su libro, por ejemplo, profetiza la anarquía que se instauraría en Judá con motivo de la invasión de los babilonios: «Mirad que el Señor, Dios de los ejércitos, aparta de Jerusalén y de Judá apoyo y sustento: todo sustento de pan, todo sustento de agua, el héroe y el guerrero, el juez y el profeta, el adivino y el anciano, el capitán y el notable, el consejero, el experto en magia, y quien sabe de encantamientos. Les daré adolescentes por príncipes, serán gobernados por muchachos» (Is 3, 1-4).

Vaticinios eternos

Ésa fue, a grandes rasgos, la coyuntura histórica de la actuación de Isaías. Sin embargo, al leer sus escritos, se advierte que Dios tenía un designio más amplio con la predicación del profeta. Sus palabras ofrecen dos claves de interpretación: una relativa al tiempo en que vivía; la otra, orientada al futuro.

El comienzo de su misión profética es un ejemplo de ello. En una visión mística, un serafín toca sus labios con una brasa y lo envía a profetizar. El mensajero celestial le ordena anunciar que, como castigo divino, las ciudades del pueblo elegido quedarían desiertas, las casas vacías y los terrenos abandonados (cf. Is 6, 11). Y concluye diciendo: «Y si aún quedara una décima parte, también sería exterminada. Como una encina o un roble que, al talarlos, sólo dejan un tocón. Ese tocón será semilla santa» (Is 6, 13).

Este pasaje, además de aplicarse a la situación concreta de los hebreos en aquel momento, guarda una profunda

relación con la futura fundación de la Santa Iglesia. Nuestro Señor Jesucristo estableció su Iglesia a partir del «resto de Israel» (Jer 31, 7), la «décima parte», considerada como su pueblo elegido y convertida en «semilla santa», para echar raíces por toda la tierra.

Otro oráculo isaiano se refiere claramente a la figura del Mesías y de la Iglesia.



Al leer sus escritos, se advierte que Dios tenía un designio más amplio con la predicación del profeta

El profeta Isaías, de Matija Bradaška - Iglesia de San Pedro, Črnomelj (Eslovenia)

El profeta se dirige a Sobná, mayor-domo de palacio, y le anuncia que sus poderes serían transferidos a Eliaquín, hijo de Esquías (cf. Is 22, 15-22), afirmando que éste vestiría su túnica y se ceñiría su banda. Por último, profetiza: «Pongo sobre sus hombros la llave del palacio de David: abrirá y nadie cerrará; cerrará y nadie abrirá» (Is 22, 22).

San Jerónimo³ comenta que el nombre Eliaquín significa *Dios resurgente o resurrección de Dios*. El Santo Doctor relaciona la expulsión de Sobná del ministerio con la transición de la An-

tigua Alianza a la Iglesia católica, en la que se encuentra la confesión de la verdadera fe. Esa llave la cargó el Salvador sobre sus hombros hasta la cima del Gólgota, y así nunca podrá «cerrarse» lo que Él obtuvo al precio de su sangre, es decir, el perdón de los pecados y los demás frutos de la Redención.

Amenaza contra el sacerdocio hebreo

Esa misma profecía continúa advirtiéndole sobre el ocaso de la autoridad sacerdotal hebrea. Al comienzo de la perícopa, Dios ordena: «Preséntate ante aquel que habita en el Tabernáculo» (Is 22, 15, Vulg.), y describe la imagen de una estaca hincada en un sitio firme, símbolo de estabilidad y honor. Luego anuncia: «Ese día —oráculo del Señor de los ejércitos— se debilitará la estaca clavada en lugar seguro, se partirá y la carga que soportaba caerá y se destruirá» (Is 22, 25).

Una vez más encontramos las palabras de Isaías coronadas por dos significados paralelos, pues esta profecía también se cumple, y quizá incluso con más propiedad, en el anuncio de que los Apóstoles sacudieran el polvo de los pies ante el rechazo de la predicación en el nombre de Jesús (cf. Mt 10, 14), así como en la lamentación del Salvador ante la Ciudad Santa: «¡Jerusalén, Jerusalén!, que matas a los profetas y apedreas a quienes te han sido enviados, cuántas veces intenté reunir a tus hijos, como la gallina reúne a los polluelos bajo sus alas, y no habéis querido. Pues bien, vuestra casa va a quedar desierta. Os digo que a partir de ahora no me veréis hasta que digáis: ¡Bendito el que viene en nombre del Señor!» (Mt 23, 37-39).

«Se revelará la gloria del Señor»

Igualmente elocuentes son los pasajes en los que el profeta exhorta a los israelitas a tener confianza, prometien-

do la intervención divina en los acontecimientos a su favor. Sus descripciones trascienden la cronología inmediata y se alinean, con admirable precisión, con la fundación de la Santa Iglesia: el nuevo «linaje elegido» y la «nación santa» (1 Pe 2, 9) que, unida por un solo bautismo y una sola fe, se convertiría en signo visible de la gloria de Dios entre las naciones, llevando al mundo entero el gozo de la salvación y el perdón de los pecados.

En este sentido, resulta incomparable la llamada rebotante de esperanza que abre el capítulo 40, inmortalizada por los primeros compases del oratorio *El Mesías*, de Georg Friedrich Händel: «“Consolad, consolad a mi pueblo —dice vuestro Dios—; hablad al corazón de Jerusalén, gritadle, que se ha cumplido su servicio y está pagado su crimen, pues de la mano del Señor ha recibido doble paga por sus pecados”. Una voz grita: “En el desierto preparadle un camino al Señor; allanad en la estepa una calzada para nuestro Dios; que los valles se levanten, que montes y colinas se abajen, que lo torcido se enderece y lo escabroso se iguale. Se revelará la gloria del Señor, y la verán todos juntos —ha hablado la boca del Señor—”» (Is 40, 1-5).

Isaías, una profecía viva

Una característica distintiva de la función profética, observada también en personajes como Oseas, es que la vida del profeta constituye un tejido de signos simbólicos. Dios no sólo habla a través de Isaías, sino que hace que se encarne, en su propia trayectoria personal y familiar, la esencia de su men-



Elocuentes son los pasajes en los que el profeta exhorta a los israelitas a tener confianza, prometiendo la intervención divina en los acontecimientos a su favor

La visión de Isaías - Iglesia de Nuestra Señora del Buen Socorro, Neuviży (Francia)

saje. El profeta se convierte, él mismo, en una profecía viva.

Un ejemplo de esto fueron los nombres que Isaías dio a sus dos hijos. Uno de ellos se llamaba Sear Yasub, que significa *un resto volverá* (cf. Is 7, 3), promesa que se repite varias veces en sus profecías en relación con una porción escogida del pueblo elegido que sobreviviría al castigo divino y sería fiel al Señor.

El otro hijo se llamaba Maher Salal Has Baz, que significa *botín rápido, saqueo veloz* (cf. Is 8, 1). Respecto a él, Dios le dijo al profeta: «Ponle por nombre “Pronto al saqueo-Presto al botín”, porque antes de que el niño sepa decir “papá” y “mamá”, las riquezas de Damasco y el botín de Samaría serán llevados ante el rey de Asiria» (Is 8, 3-4).

Sin embargo, mucho más que en la onomástica de sus descendientes, fue en su propia vida donde Isaías perso-

nificó sus profecías, por lo que padeció y por el cumplimiento íntegro de la voluntad divina. En sus escritos encontramos el famoso oráculo del siervo sufriente, figura interpretada por la exégesis cristiana como el Mesías. El Señor quiso tritarlo con sufrimientos expiatorios, asegurándole una descendencia duradera y llevando a buen término los designios de Dios (cf. Is 53, 10).

El profeta no sólo previó este misterio, sino que anticipó el viacrucis de su Señor. De hecho, al recorrer un camino de fidelidad inquebrantable, sufrió persecuciones que culminaron en el martirio: según la tradición, fue serrado por la mitad por orden del rey Manasés,

hacia el año 668 a. C. Cumplió así plenamente su vocación, proclamando las glorias del Salvador casi ocho siglos antes de que Él naciera. ✠

¹ Cf. SCHUSTER, Ignacio; HOLZAMMER, Juan B. *Historia Bíblica. Exposición documental fundada en las investigaciones científicas modernas*. Barcelona: Editorial Litúrgica Española, 1934, t. I, pp. 630-631.

² Teglafalasar III inició una campaña militar contra Siria, Fenicia y Palestina. Siria e Israel (denominado Efraín, por ser ésta la tribu más influyente del reino del norte) intentaron atraer al reino de Judá a su alianza para liberarse del pago de ciertos tributos, pero Ajaz, rey de Judá, se negó. Por eso Siria e Israel invadieron Judá. La crisis siro-efraimita fue, por tanto, la situación resultante de dichos enfrentamientos militares.

³ Cf. SAN JERÓNIMO. *Comentario a Isaías*. L. VII, n.º 306.



Participación de los laicos en la función profética de Cristo

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

§904 Cristo realiza su función profética no sólo a través de la jerarquía, sino también por medio de los laicos. Él los hace sus testigos y les da el sentido de la fe y la gracia de la palabra.

En este párrafo, el catecismo enseña que el Salvador ejerce su misión profética no sólo por medio de los ministros ordenados, sino también a través de los laicos, quienes, por el bautismo, se incorporan a Nuestro Señor y participan de su triple función: la sacerdotal, la profética y la regia.

¿Qué significa participar de la función profética de Cristo? Siguiendo el ejemplo de los antiguos profetas y el modelo supremo del divino Redentor, el laico ejerce dicha función en dos aspectos complementarios.

Primero, le corresponde *proclamar* los derechos de Dios y la plena obediencia que a Él se le debe. Al exhortar a sus contemporáneos a la conversión, promueve el reinado de Cristo en los corazones y en toda la sociedad.¹

En segundo lugar, para alcanzar tales objetivos, esa misión se lleva a cabo mediante la *denuncia* de los obstáculos, en particular, el pecado. Como subraya el catecismo, «a los ojos de la fe, ningún mal es más grave que el pecado y nada tiene peores consecuencias para los pecadores mismos, para la Iglesia y para el mundo entero».² Es necesario deshacer el equívoco de que el profeta es un mero vidente del futuro; en realidad, como atestiguan las Escrituras y las hagiografías, la esencia del profetismo consiste en traducir la «voz de Dios» al presente, señalando el error y exhortando a los hombres a la conversión.

He aquí un verdadero y auténtico programa de vida. Aunque las circunstancias de su actuación en el siglo son innumerables, hay dos ámbitos que revisten una transcendencia capital en la vida «profética» de los laicos:

1) El testimonio de coherencia en el entorno social: el laico glorifica a Dios al observar los mandamientos en el tejido de las relaciones cotidianas. El anuncio más elocuente es la integridad, es decir, la armonía entre el discurso y la conducta, como exhorta San Juan: «Hijos míos, no amemos de palabra y de boca, sino de verdad y con obras» (1 Jn 3, 18).

2) El testimonio en la Iglesia doméstica: en el seno de la familia, el laico ejerce su profetismo al edificar un hogar impregnado de fe y piedad. En él debe reinar la caridad mutua entre los cónyuges, de la que emanará el buen ejemplo para los hijos, a fin de que aprendan a ser sal de la tierra y luz del mundo (cf. Mt 5, 13-14).

Los profetas, como mensajeros predilectos del Altísimo, fueron ante todo varones de profunda oración. En el coloquio íntimo con el Señor, recibieron luces para discernir la verdad y la fuerza para procla-

marla. De manera análoga, sólo mediante las súplicas asiduas —especialmente por la intercesión de la Reina de los Profetas— y la frecuentación de los sacramentos, recibirán los laicos las gracias necesarias para que su vida secular sea acorde con su vocación profética, como auténtico eco de la Palabra de Dios. ✠

¹ Cf. Pío XI. *Quas primas*, n.º 34.

² CCE 1488.

Traduciendo la voz de Dios al presente al observar los mandamientos y edificar un hogar impregnado de fe y piedad, el laico ejerce su función profética

Santa Ana enseña los mandamientos a María niña - Iglesia de Notre Dame de la Tronchaye, Rochefort-en-Terre (Francia)





El sapo, el león y la cruz...

Desde banderas nacionales hasta logotipos de empresas multinacionales, los vestigios del olvidado arte de la heráldica impregnan nuestra vida cotidiana.

✠ **Íñigo María de Oyarzábal Gutiérrez-Barquín**



El sapo convertido en príncipe: he aquí una de esas fábulas ante las que la historia se inclina, pues en ella lo maravilloso se une audazmente a lo real. Según el mito galo, cuando el rey bárbaro Clodoveo (c. 466-511) estaba a punto de librar una batalla decisiva, se le acercó un ermitaño con un mensaje del Cielo. Un ángel ordenaba al monarca, que ni siquiera estaba bautizado, sustituir su emblema real —¡tres sapos sobre fondo rojo!— por un símbolo que, desde entonces, representaría al rey de los francos: la flor de lis.¹

Pregunta: ¿era estrictamente necesaria esta modificación en el regío estandarte para ganar la batalla? Tal vez no. Pero la cuestión, en realidad, es otra: ¿podía acaso Clodoveo conservar sus sapos en el momento de abrazar la fe católica?

De la respuesta que brota implacable a los labios bautizados se desprende que el cambio que allí se produjo no fue una mera medida práctica: fue, sobre todo, una medida práctica providencial. ¿Por qué?

El arte de los símbolos

Mucho más que la simplificación de la forma de un lirio, la flor de lis es un símbolo. Y un símbolo, por naturaleza, asocia en la mente dos realidades: la que existe en sí misma, como

una planta o un animal, y aquello que ella representa. Así, puede hablarse de la pureza del lirio o de la realeza del león, no porque posean en sí tales características, sino porque el ser humano descubre en ellos significados más profundos mediante el recurso a la analogía.

«La importancia de los símbolos es tan grande que Dios, para dar a los hombres símbolos que los llevaran a amarlos, hizo toda la creación»,² afirmó el Dr. Pli-

nio. Ahora bien, el arte que se sirve de emblemas simbólicos en los blasones para representar a personas, linajes e incluso naciones se llama heráldica. Se trata de una especie de catapulta que nos hace volar de lo visible a lo invisible, de las realidades palpables a consideraciones superiores.

Aún hoy, vestigios de este arte olvidado —presentes en las enseñas nacionales, en escudos episcopales e incluso en los logotipos de empresas multinacionales— impregnan nuestra vida cotidiana, y atraviesan los siglos... pues el origen de la heráldica es milenario.

De los campos de batalla a los palacios y corporaciones

Caballos relinchando, metales que se entrec chocan, gritos desgarradores de sufrimiento o alaridos de victoria resonando por la llanura... en medio del desorden de una batalla, es fundamental reconocer a los propios aliados y hacerse distinguir con facilidad. Por eso, los caballeros medievales comenzaron a estampar en sus ropas y escudos ciertas figuras para identificarse. Como en el escudo el emblema resultaba más visible, dichas representaciones recibieron el nombre de «escudos de armas». La heráldica lanzaba sus primeros vagidos entre los gritos de guerra y los dolores de la agonía...



La heráldica es una especie de catapulta que nos hace volar de lo visible a lo invisible, de realidades palpables a consideraciones superiores

«Clodoveo recibe la flor de lis», de Mestre de Bedford - Biblioteca Británica, Londres

La elección de la figura y los colores —que tenían un propósito fundamentalmente práctico— conllevó el deseo de retratar al caballero que los ostentaba de la forma más bella posible. El león, rey de los animales, imperó en aquella época también en la heráldica como la figura predilecta, apareciendo en cerca del quince por ciento de los blasones europeos.³ Y éstos, con el paso del tiempo, llegaron a representar no sólo al guerrero, sino también a las familias, a los prelados, a las comunidades civiles y religiosas. La heráldica abandonaba los campos de batalla abiertos y se instalaba en los hogares, en los palacios episcopales y, finalmente, en diversas corporaciones.

Con la proliferación de los blasones, surgieron —bien entrado el siglo XIII— disputas por las insignias más bellas y, por tanto, más codiciadas. Fue necesario, pues, establecer ciertas normas para su confección. Una vez que los reyes decidieron que los responsables de esta labor serían los heraldos —oficiales de las monarquías medievales—, este arte pasó a conocerse como heráldica.

Diez millones de blasones

Con el tiempo, los blasones pasaron a extenderse por toda la sociedad, desde la corte real hasta los artesanos más humildes. En el catálogo de Bellenville, que data del siglo XIV, constan más de mil trescientos escudos representativos de toda Europa. Entre los siglos XVI y XVIII, llegan a identificarse ¡casi diez millones!⁴

«El bien es difusivo por sí mismo», reza el antiguo adagio. En efecto, ¿qué «publicidad» se hizo para que los escudos heráldicos se propagaran por Eu-

ropa? Parece que su proliferación se debe simplemente al espíritu maravilloso y «maravillable» de aquellas gentes. Si nuestra sociedad —digámoslo a modo de paréntesis— pusiera de moda esa búsqueda de la sacralidad y de la perfección, hasta en las cosas aparentemente superfluas, tan propia de las almas inocentes, quizá no habría perdido cierta alegría y dignidad que caracterizaron la vida de antaño.

Lamentablemente, si «el abuso no impide el uso», al menos lo desgasta. Con el tiempo, la heráldica se convirtió en un escaparate de vanidades, donde los nobles alardeaban de sus linajes y se jactaban de sus proezas. Pero el Omnipresente ya no tenía cabida en ella...

Tal era el escudo confeccionado en el siglo XIX por Richard Plantagenet, marqués de Chandos, compuesto por nada menos que setecientos diecinueve cuarteles, símbolos de su ascendencia.⁵ De las representaciones de los nobles ideales de otrora, se pasó a la extravagancia, que, de tan exagerada, perdió su significado más profundo.

Pero ¿tiene hoy la heráldica alguna utilidad?

El escudo de armas de Dios

El león alado, el águila bicéfala: he aquí dos imágenes fascinantes que sólo existen en la heráldica. Sin embargo, hay una figura mucho más mítica y trascendente, y fue ésta la que Dios eligió para sí.

Hubo quienes intentaron confeccionar un escudo de armas imaginario que pudiera pertenecer a la Santísima Trinidad.⁶ Pero, muchos siglos antes, el propio Señor ya había tallado su emblema: la cruz.



GilMa38 (CC by-sa 3.0)

«Los católicos tomaron la cruz como símbolo de lo más sagrado y lo más santo»

Escudo de armas de György Császka, obispo de Spiš - Iglesia de la Inmaculada Concepción, Starý Smokovec (Eslovaquia); en la parte superior de la página, detalle del blasón del marqués de Chandos

«Los católicos tomaron la cruz —su braya el Dr. Plinio— como signo de honor, como símbolo de lo más sagrado y lo más santo. Y en ello se pueden percibir tres manifestaciones de los tiempos de fe: la cruz colocada sobre las coronas; la cruz como signo heráldico de los más altos galardones de las familias de la alta aristocracia; la cruz puesta como insignia de las condecoraciones».⁷

Empuñemos, pues, como ufanos defensores de la fe, ese escudo de armas divino, del cual pende el propio Jesucristo, a manera de estandarte con el que Él invistió a cada uno de sus discípulos: «Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz cada día y me siga» (Lc 9, 23). ✠

¹ Cf. DEMOUY, Patrick. *Le sacre du Roi. Histoire, symbolique, cérémonial*. Estrasburgo: La Nuée Bleue, 2016, p. 46.

² CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Reunião*. São Paulo, 25/5/1983.

³ Cf. PASTOREAU, Michel. *Heráldica. Its Origins and Meaning*.

Londres: Thames and Hudson, 2004, p. 58.

⁴ Cf. *ibid.*, pp. 20; 25; 55.

⁵ Cf. MESSÍA DE LA CERDA Y PITA, Luis F. *Heráldica espa-*

ñola. El diseño heráldico. Madrid: Edimat, 1998, p. 21.

⁶ Cf. PASTOREAU, *op. cit.*, p. 86.

⁷ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Conferencia*. São Paulo, 14/9/1965.



Entretenidas lecturas con Dña. Lucilia

Como buena madre, supo aprovechar todas las circunstancias para la formación moral de sus hijos: desde despreocupados paseos hasta la lectura de entretenidas historias infantiles.



✎ Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

En la educación de un niño, el movimiento desempeña un papel importante, pues el niño tiene una necesidad natural de consumir sus propias energías: correr, saltar, jugar. Doña Lucilia procuraba orientar adecuadamente las inclinaciones de sus hijos para que la vulgaridad no se apoderara de su espíritu, ni siquiera a través de aspectos tan cotidianos como los juegos infantiles.

Paseos germánicamente saludables...

Casi siempre era *Fräulein* Mathilde Heldmann, la institutriz alemana de Plinio y Rosée, quien los acompañaba en sus paseos, unas veces al Parque Antártica, otras al Jardín de la Luz, lo cual hacía metódicamente, muy en consonancia con el modo de ser germánico, obligando en ocasiones al niño a hacer un poco de ejercicio, pues no era muy dado a grandes esfuerzos físicos. Plinio corría lo mínimo indispensable para evitar mayores complicaciones con la institutriz y poder así volver a sus pasatiempos favoritos, como, por ejemplo, contemplar el bello colorido de las mariposas, que jugaban con los rayos de sol y revoloteaban despreocupadamente entre el arbolado del parque.

En otras ocasiones, cuando iba a pasar temporadas en el balneario de Águas da Prata, en el interior del esta-

do de São Paulo —muy recomendado por los médicos para aliviar problemas hepáticos—, Dña. Lucilia llevaba consigo a sus hijos.

Ni siquiera allí descuidaba la *Fräulein* los paseos, aunque Dña. Lucilia se



Reproducción

A partir de las historietas de Bécassine, Dña. Lucilia procuraba extraer lecciones que ayudaran a sus hijos a desenvolverse en sociedad

Plinio en Águas da Prata, con 11 años.
En la página siguiente, escenas de las historietas de Bécassine

mostrara a veces temerosa ante el exceso de celo de la institutriz. No obstante, tras oír las razones que ésta le daba, terminaba asintiendo, no sin cierta inquietud, con temor a que los niños no soportasen tanto esfuerzo. Pero eso ni

se le pasaba por la mente a la dedicada alemana. Llevaba a los pequeños de la mano, uno a cada lado, y allá iba contenta, subiendo con paso decidido por las colinas de los alrededores. Estaba convencida de que un buen ejercicio sólo sería beneficioso para la salud de sus pupilos, tanto más cuanto que el aire de las alturas era excepcionalmente puro.

Si bien los niños demostraban a veces poco entusiasmo por esas caminatas, Dña. Lucilia procuraba compensar el necesario sacrificio con su maternal afecto. Así, para ellos, la estancia en Águas da Prata no carecía de entretenimientos más apetecibles, el mejor de los cuales era la compañía de su madre, que allí adquiría un colorido propio al hilo de la lectura de las historias de Bécassine...

En Águas da Prata, Bécassine

Con el fin de proporcionarle a Rosée una buena lectura, Dña. Lucilia se había suscrito, para alegría de su hija, a una revista infantil francesa titulada *Semaine de Suzette*. Ésta publicaba por entregas las historias de Bécassine, una pintoresca e ingenua campesina bretona, de escasa inteligencia, pero a la que no le faltaba una gran dosis de sentido común.

En las historietas entraba un sinfín de otros personajes, representativos de los diversos tipos humanos de la sociedad francesa de la época. Uno de los más interesantes era, sin duda, *Mada-*

me la *Marquise de Grand-Air*, señora de un hermoso *château*, también en Bretaña, a quien Bécassine servía con fidelidad y dedicación desde muy joven. Asimismo, destacaba la simpática figura del *oncle* Corentin, característico «notable» de la pequeña localidad de Clocher-les-Bécasses.

El episodio era narrado por medio de dibujos en color dispuestos en viñetas, acompañados de su correspondiente texto, lo que hacía muy atractiva su lectura para los niños. En la actualidad, estudiosos franceses de sociología admiten que esas ilustraciones, atribuidas al ingenio y la pluma del *commandant* Pinchon, tienen el valor de auténticos documentos científicos.

Sin embargo, lo que más apreciaban los pequeños oyentes eran los comentarios que, con fino tacto psicológico, Dña. Lucilia intercalaba en la lectura, hecha por cierto en francés para que perfeccionaran una lengua que, según ella, toda persona culta y educada debía hablar como segundo idioma. Unas veces elogiaba la buena actitud adoptada por alguien, sacando de ahí una lección moral; otras, describía las costumbres de Francia y las normas de etiqueta, para que sus hijos aprendieran poco a poco a desenvolverse en sociedad.

Entretenidas horas de convivencia

El amor materno no conoce límites, y Dña. Lucilia nunca consideraba excesivo el tiempo que dedicaba a la educación de los pequeños, aunque fuese en perjuicio de su comodidad personal.

Durante las primeras temporadas en Águas da Prata, Dña. Lucilia se hospedaba con su familia en el Hotel Costa, donde ocupaban tres habitaciones

contiguas. La vida en aquella estación termal, entonces lejana, del interior del estado de São Paulo era diferente de la que la familia llevaba en la capital, sobre todo para los niños. Éstos quedaban un tanto libres de las obligaciones y lecciones impartidas por la *Fräulein*, y disponían de más tiempo para estar con Dña. Lucilia.

La pequeña localidad parecía como disuelta en las vastas extensiones rurales de aquella bucólica región, cercana a Poços de Caldas. El hotel era un establecimiento acogedor y tradicional, pero de construcción tan antigua e inadecuada que desde la calle se podía ver el interior de las habitaciones, pues las ventanas quedaban muy bajas. Por eso, Dña. Lucilia mantenía las persianas venecianas cerradas, pues, debido a sus frecuentes indisposiciones hepáticas, pasaba largos períodos acostada.

Después de la siesta de los niños, hacia media tarde, éstos solían ir a la habitación de su madre, mantenida en penumbra, rasgada por discretos hilos de luz que se colaban por las rendijas de las ventanas. Abrían la puerta muy despacito, encendían la lámpara de noche, uno de ellos se recostaba junto a Dña. Lucilia, pasaba el brazo por encima de la almohada y, con la *Semaine de Suzette* ya en la mano, le preguntaba:

—Mi bien, ¿comentamos Bécassine?

Sus hijos conservaron una profunda nostalgia de aquellas largas horas de ininterrumpida convivencia, mientras el sol, filtrado por las persianas, se iba apagando poco a poco hasta dar paso a la oscuridad de la noche, sin que Dña. Lucilia mostrara en ningún momento cansancio ni diera a entender a los niños que habían llegado a deshora.

Redobladas manifestaciones de cariño

En una ocasión, se invirtieron los papeles. Plinio enfermó en Águas da Prata y tuvo que guardar cama. Todas las tardes, Dña. Lucilia, con el fascículo de Bécassine en las manos, iba hasta la habitación de su hijo y, sentándose a su lado, le comentaba largamente las pintorescas aventuras de la simpática campesina bretona. Con sus delicados dedos, pasaba despacio las páginas de la revista, mientras su melodiosa voz revestía de oro las descripciones ante los ojos del niño.

A pesar de todos los desvelos de Dña. Lucilia, la enfermedad de su hijo no remitía. Comenzó con un dolor de garganta, después apareció una erupción cutánea y, por último, el médico ya no sabía qué hacer. Esto bastó para que ella redoblara sus muestras de cariño, quedándose la mayor parte del tiempo junto a Plinio, con el fin de hacerle menos tedioso el lento discorrir de las horas.

No cabe duda de que tan agradable compañía hacía correr ligeras las agujas del reloj, y así transcurrieron diez inolvidables días.

Pero aquel paraíso se vio bruscamente interrumpido por el Dr. João Paulo, quien, a pesar de los temores de Dña. Lucilia, optó por una drástica medida: envolvió a su hijo en una manta y, junto con la familia, tomó un tren rumbo a São Paulo. Al bajar en la estación de la Luz, comprobaron que la enfermedad había desaparecido como por encanto. ✧

Extraído, con adaptaciones, de: *Doña Lucilia*. Città del Vaticano-Lima: LEV; Heraldos del Evangelio, 2013, pp. 212-216.





Francisco Lecaros



Grande en el pensamiento, grande en la santidad

Un paradigma en la historia de la humanidad y de la Iglesia, cuya trayectoria espiritual, íntimamente ligada a la temporal, nos lega una preciosa lección para nuestra vida moderna.



✠ Hna. María Teresa Ribeiro Matos

S*icut Augustinus dicit* —«como dice Agustín»— se convirtió en una expresión frecuente en la pluma de Santo Tomás de Aquino. El obispo de Hipona es citado cerca de tres mil veces en la *Suma Teológica*. Numerosos documentos del magisterio eclesiástico y tratados dogmáticos también se basan en la doctrina de quien es, sin duda, una de las mayores lumbreras de la teología. Tesis audacísimas han atravesado incontestadas los siglos, debido únicamente a la autoridad de quien las formuló. Sin embargo, quizá menos comentado que el *Augustinus dicit* sea el *Augustinus vixit*...

¿Cómo vivió? ¿Cómo enseñó a vivir? Dotado de una gran inteligencia y de una capacidad de amar no menor, San Agustín mantuvo su modo de vivir en consonancia con su modo de pensar. Mientras vivía entregado a las pasiones, siguió la herejía de Mani; al abrazar con fervor la verdadera doctrina, ¿cómo pasó a vivir?

Su existencia podría analizarse bajo muy distintos aspectos: desde profundos estudios filosóficos hasta minuciosos análisis de su proceso espiritual, pasando por reflexiones sobre la omnipotencia de la ternura materna en oración. En todo ello, el santo sería un paradigma. Pero limitémonos a uno de

sus legados más elocuentes, reflejo de cada etapa de su itinerario: cómo organizó su modo de vivir.

En las sendas del pecado

Tagaste era una pequeña ciudad de Numidia, en el África proconsular. Hoy se llama Souk Ahras y se encuentra en el extremo oriental de Argelia, junto a la frontera con Túnez. Allí nació Agustín el 13 de noviembre de 354, heredando de su padre, Patricio, algo de la cultura romana y de su madre, Mónica, una semilla de fe católica y de vida cristiana. No obstante, según las costumbres de la época, no recibió el bautismo en la infancia.

Patricio se dedicaba con gran celo a la educación del muchacho, proveyéndole de todo lo que pudiera permitirle establecerse bien en el mundo. Con todo, «este mismo padre —lamenta Agustín— nada se cuidaba entre tanto de que yo creciera ante ti o fuera casto, sino únicamente de que fuera *diserto*, sino únicamente de que fuera *desierto*, por carecer de tu cultivo, ¡oh Dios!».¹

Durante sus estudios en Madaura y Cartago, así como durante un período de ocio en Tagaste, el joven se fue entregando a los vicios, unas veces por vanidad y otras incluso por malicia, a pesar de las advertencias de su madre:

«Hubo un tiempo de mi adolescencia en que ardí en deseos de hartarme de las cosas más bajas, y osé ensilvecarme con varios y sombríos amores. [...] No guardaba modo en ello, yendo de alma a alma, como señalan los términos luminosos de la amistad».²

Aproximadamente un año después de su llegada a Cartago, en el año 370, le nació un hijo, Adeodato, fruto de una unión pecaminosa, en cuyos lazos permaneció Agustín durante muchos años.

A pesar de ello, y quizá gracias ya a las oraciones de Santa Mónica, la lectura del *Hortensius*, de Cicerón, despertó en su alma el deseo de buscar la sabiduría. Tal anhelo lo llevó incluso a la Sagrada Escritura, que, lamentablemente, rechazó enseguida por lo que consideraba una simplicidad de estilo.³

Adhesión al maniqueísmo

Con amplitud de miras, Agustín buscó una doctrina que justificara su vida a merced de las pasiones desenfrenadas.⁴ Se adhirió entonces a la herejía de los maniqueos y se entregó a ella con tal ímpetu que arrastró consigo a su benefactor, Romaniano, y a un compañero que seguiría sus pasos tanto en el error como en la conversión: Alipio.

Durante nueve años permanecería Agustín extraviado de la fe, aumentan-

do con su conducta las lágrimas y las oraciones de su madre. Ésta, al acudir a un obispo para pedirle que intentara reconducir a su hijo por el buen camino, oyó esta respuesta: «Vete en paz, mujer; ¡así Dios te dé vida!, que no es posible que perezca el hijo de tantas lágrimas».⁵

Huida a Italia

Al concluir sus estudios, ni Tagaste ni siquiera Cartago satisfacían al nuevo maestro, que ya reunía a su alrededor un grupo de discípulos. Agustín resolvió irse a Roma, el centro del mundo, para alcanzar fama. Su madre sufrió aún más ante esa determinación y, previendo el desastre moral que supondría el cambio, decidió acompañarlo. Él, no obstante, había urdido otros planes y, engañándola cruelmente, huyó: «Como rehusase volver sin mí, apenas pude persuadirla a que permaneciera aquella noche en lugar próximo a nuestra nave, la *Memoria* de San Cipriano. Mas aquella misma noche me partí a hurtadillas sin ella, dejándola orando y llorando».⁶

Ya en Roma, Agustín obtuvo del prefecto Símaco el nombramiento para la cátedra de retórica de Milán, por entonces ciudad imperial, adonde marchó con sus discípulos. Sin embargo, esta vez no era Agustín quien hacía realidad sus anhelos... sino la Providencia la que trazaba los planes para responder a las lágrimas de su madre.

El encuentro con la sabiduría

Agustín se trasladó a Milán ya completamente decepcionado con el maniqueísmo, que había sustituido por el escepticismo filosófico. Pero algo —o, mejor dicho, *alguien*— lo llevó a preferir la doctrina católica.

Un santo varón llamado Ambrosio ocupaba la sede episcopal de esa ciudad y su sabiduría llegaba a los fieles a través de la elocuencia de sus palabras, acompañadas de la belleza de la liturgia, de los himnos y de los salmos. Santa Mónica —que, siguiendo los pasos de su hijo fugitivo, también había cruzado el Mediterráneo— enseñada

entabló amistad con aquel prelado y, por las oraciones y la santidad de ambos, la gracia comenzó a ganar terreno en aquella alma tan endurecida como amada.

Asistiendo a los oficios en la catedral y, sobre todo, analizando la persona de San Ambrosio, Agustín intuía haber encontrado por fin la sabiduría, no de forma abstracta y conceptual, sino plasmada en la vida; e incluso se deleitaba contemplando al obispo mientras trabajaba. Había dado el primer paso; no obstante, la conversión definitiva aún tardaría en llegar.

Refiriéndose a San Ambrosio, recuerda: «Lo cierto es que a mí no se me daba tiempo para interrogar a tan santo oráculo tuyo, que era su pecho, sobre las cosas que yo deseaba, sino cuando sólo podía darme una respuesta breve, y mis inquietudes requerían mucho tiempo y dedicación en aquel con quien las había de conferir, cosa que nunca hallaba».⁷

Fascinación por la vida monástica

Si la lectura de Plotino, traducido al latín por Mario Victorino, le ayudó en cierta medida a refutar los errores maniqueos, fue principalmente en las epístolas de San Pablo donde Agustín encontró la verdad revelada y se disiparon sus dificultades doctrinales.

Acudió entonces a Simpliciano, un venerable anciano a quien el propio Ambrosio consideraba como un padre. Éste había tenido la alegría de acompañar el proceso de conversión del traductor de las obras de Plotino y de asistir, junto con toda la ciudad de Roma, a su solemne profesión de fe y a la consiguiente renuncia a la cátedra de retórica, hechos que relató con detalle.

Analizando a San Ambrosio, Agustín intuía haber encontrado por fin la sabiduría

San Ambrosio - Catedral de los Santos Justo y Pastor, Narbona (Francia); de fondo, la catedral de Milán (Italia).
En la página anterior, San Agustín, de Tomás Giner - Museo Alma Mater, Zaragoza (España)

Al oír estas narraciones, un intenso deseo de imitarlo invadió el alma de Agustín, pero su voluntad, debilitada por las pasiones, aún no era libre para hacerlo...

En otra ocasión, un dignatario imperial llamado Ponticiano fue a visitarlo. Al ver las cartas paulinas sobre la mesa del profesor de retórica, se sintió movido a hablarle de los prodigios de un nuevo género de vida iniciado por Antón y que ya se había extendido por Europa, incluso en Milán.

Ponticiano hasta llegó a contar un episodio singular: dos amigos íntimos suyos, tras visitar una de aquellas incipientes comunidades, habían decidido dejarlo todo para seguirlos; y sus prometidas, al enterarse de lo ocurrido, también abrazaron la virginidad.

La valentía de esos jóvenes bastó para despertar en Agustín una profunda vergüenza por su cobardía ante las pasiones carnales. Una gran lucha interior se apoderó de él, pues la flaqueza de su voluntad se debatía con la razón



y se negaba a obedecerla como lo hacían sus miembros.

En su alma estalló «una tormenta enorme, que encerraba en sí copiosa lluvia de lágrimas»,⁸ la cual sólo amainó cuando, ya casi desesperado, se dirigió al jardín y abrió la Biblia en el siguiente pasaje del Apóstol: «Nada de comilonas y borracheras, nada de lujuria y desenfreno, nada de riñas y envidias. Revestíos más bien del Señor Jesucristo, y no deis pábulo a la carne siguiendo sus deseos» (Rom 13, 13-14). Las tinieblas de la duda se desvanecieron y la luz de la certeza penetró en su corazón.

Rompiendo de inmediato con su carrera y con su compromiso matrimonial contraído unos años antes por influencia de su madre, Agustín se inscribió entre los catecúmenos y, en la vigilia pascual del 387, comenzó una nueva vida por medio de las aguas regeneradoras del bautismo, acompañado por su fiel amigo Alipio y por su hijo Adeodato.

Durante su preparación, Agustín se retiró con los suyos a Cassiciacum, donde llevó una vida de estudios y convivencia comunitaria. Una vez hecho cristiano, decidió regresar a África y allí ser consecuente con la fe que había abrazado.

Fue en el puerto de Ostia, mientras esperaban el barco que los llevaría a su tierra, cuando Santa Mónica, sintiendo cumplida su misión al ver que su hijo no sólo era católico, sino que incluso estaba dispuesto a hacerse religioso, entregó serenamente su alma a Dios.

Una vida de perfección

En los escritos del Santo Doctor no es difícil vislumbrar la grandeza de un alma que no conocía la mediocridad ni las medias verdades. Así como, alejado de Dios, había llegado a los extremos de las pasiones y, como corolario, de la herejía, una vez abrazada la gracia llevaría su vida al extremo de la perfección, permiti-



Se disiparon en Agustín las tinieblas de la duda, penetró en su corazón la luz de la certeza y comenzó una nueva vida por el bautismo

Bautismo de San Agustín, de Felice Damiani (editado) - Iglesia dedicada a él en Gubbio (Italia)

tiendo que ésta modelara no sólo su pensamiento, sino también su modo de vivir.

Su fascinación por la vida monástica queda descrita en una de sus primeras obras apologéticas, *De moribus Ecclesiae*, compuesta poco después de su bautismo, durante el tiempo que estuvo en Roma tras las exequias de su madre.

Dirigiéndose a la Iglesia católica, observa: «Herencia tuya es también [...] esa multitud de hombres hospitalarios, caritativos, misericordiosos, sabios, castos y santos, muchos de los cuales están abrasados del amor de Dios hasta tal punto, que, en su perfecta continencia e increíble desprecio del mundo, son sus verdaderas delicias la soledad».⁹ Y, arremetiendo contra sus antiguos compañeros de secta, contra quienes redacta la obra, exclama: «Abrazad vosotros, ¡oh maniqueos!, esas costumbres y esa admirable pureza de los cristianos perfectos, que creen un deber sagrado no sólo la alabanza de la castidad, sino también su práctica. [...] Porque ¿a quién de vosotros está oculta esa multitud de cristia-

nos, que cada día es mayor, diseminada por todo el mundo, principalmente en el Oriente y en Egipto, que viven una vida de suma continencia?».¹⁰ Al describir las diversas actividades de los religiosos, Agustín concluye diciendo: «Estas costumbres, esta vida, este orden, estas instituciones, aunque quisiera y fuera mucha mi elocuencia, no podrían ser elogiadas dignamente».¹¹

Ése pasa a ser su ideal de vida. Al llegar a Tagaste, transforma la casa paterna en una comunidad religiosa, a la que se incorporan muchos de sus discípulos.

«Vix monachus bonus...»

Agustín pensaba abrazar para siempre la vida de recogimiento. Sin embargo, su virtud y sabiduría atrajeron la atención de Valerio, obispo de Hipona, y pese a su renuencia, fue ordenado sacerdote en el 391 y obispo coadjutor en el 395.

Gran perplejidad: hasta entonces, la vida monástica había parecido incompatible con la actividad pastoral. No obstante, el santo logró «unificar estrechamente la vida de clérigo y la vida de monje», y llevar a cabo la «simbiosis estudio-contemplación-apostolado»,¹² añadiendo quizá un grado más de perfección a ambas formas de vida. «Entre todas las formas del antiguo monacato, la agustiniana es la que más explícitamente subraya la unión de la vida ascética con el sacerdocio ministerial y, por lo mismo, el consiguiente empeño en el estudio continuo de la ciencia sagrada. [...] El sacerdocio es una cosa tan grande, que un buen monje —así pensaba San Agustín— apenas puede darnos un buen clérigo: *vix monachus bonus facit bonum clericum*».¹³

Para ello, organizó un monasterio-seminario en el que los más preparados eran elegidos para el sacerdocio.¹⁴ En poco tiempo, varias diócesis de África tenían al frente a clérigos formados en ese ambiente: «Unos diez santos y venerables varones, continentes y muy

doctos, [...] envió San Agustín a petición de varias iglesias, algunas de categoría. Y ellos también, siguiendo el ideal de aquellos santos, dilataron la Iglesia, y fundaron monasterios; [...] no sólo por todas las partes de África, sino también por ultramar».¹⁵

Rigor en la observancia de la regla

Con tanta seriedad cuidaba de aquellos sacerdotes que lamentó profundamente que uno de ellos, al morir, dejara testamento legando sus bienes. Entristecido al ver cómo desatendía así el compromiso de pobreza evangélica asumido ante Dios, el obispo, que entonces tenía 71 años, reunió a su clero y, tras exponerles el caso, afirmó que cambiaría su decisión de ordenar únicamente a clérigos de vida comunitaria, para que no hicieran un voto y luego no fueran capaces de cumplirlo.¹⁶

El mal ejemplo sirvió para avivar su entrega y, en el siguiente sermón, Agustín exclamaría con aún mayor vehemencia: «Del mismo modo que afirmé que no quitaría el clericaliato a quien quisiese permanecer aparte y vivir de lo suyo, así ahora afirmo que, puesto que, con la ayuda de Dios, les plugo a ellos esta vida común, a quien encuentre viviendo en la hipocresía, a quien le halle poseyendo algo propio, no le permitiré hacer testamento, sino que lo borraré de la lista de clérigos. Apele contra mí a cien concilios; navegue contra mí adonde-

quiera; hállese ciertamente donde pueda; el Señor me ayudará para que él no sea clérigo donde yo soy obispo».¹⁷

El obispo de Hipona también se ocupó de la formación de una comunidad femenina, dirigida por su propia hermana. Fue al escribirles en el año 423 cuando redactó el texto por el que su regla ha llegado hasta nosotros, precedido de sabias palabras de advertencia contra el espíritu de rebelión.¹⁸



Gustavo Krahl

Alma que no conocía mediocridad ni medias verdades, habiendo abrazado la gracia, moldeó según ésta su modo de vivir

San Agustín - Museo de Arte Religioso, Cuzco (Perú)

Al definir los principios de la vida monástica —como la pobreza, la oración, el ayuno, la obediencia y la castidad—, la regla contiene este consejo lleno de sabiduría que tanto cautivó al fundador de los Heraldos, Mons. João: «Cuando salgáis, id juntos; cuando regreséis, quedaos juntos. En vuestra conducta, en vuestro porte, a lo largo de todos vuestros desplazamientos, que nada en vosotros ofenda la mirada de nadie, sino que todo sea conforme a la santidad religiosa».¹⁹

En la observancia de esa regla vivió durante treinta y cinco años como obispo-abad, predicando, sosteniendo numerosas controversias y disputas contra los herejes donatistas y pelagianos, participando en varios concilios y escribiendo numerosas obras, que suman un total de noventa y seis títulos, todos ellos revisados por él antes de su muerte.

Los vándalos llevaban ya tres meses sitiando Hipona cuando el Santo Obispo entregó su alma a Dios en el año 430. Los bárbaros lo destruyeron todo en el África romana, pero el ejemplo de vida de San Agustín, sus escritos y su regla atravesaron los siglos, conocieron un *renouveau* en el siglo XIV y llegaron hasta nuestros días; señalan a los clérigos y a los hombres de todos los tiempos un ideal de perfección, de entrega y de santidad, y revelan la verdadera profundidad de su sabiduría. ✠

¹ SAN AGUSTÍN. «Confesiones». L. II, c. 3, n.º 5. In: *Obras*. 7.ª ed. Madrid: BAC, 1978, t. II.

² *Ibid.*, c. 1-2.

³ Cf. *ibid.*, L. III, c. 4; c. 5, n.º 9.

⁴ Cf. GOBRY, Ivan. *Saint Augustin*. Paris: Le Grand Livre du Mois, 2004, p. 30.

⁵ SAN AGUSTÍN, *op. cit.*, L. III, c. 12, n.º 21.

⁶ *Ibid.*, L. V, c. 8, n.º 15.

⁷ *Ibid.*, L. VI, c. 3, n.º 4.

⁸ *Ibid.*, L. VIII, c. 12, n.º 28.

⁹ *Idem.* «De moribus Ecclesiae Catholicae». L. I, c. 30, n.º 64. In: *Obras*. Madrid: BAC, 1955, t. IV.

¹⁰ *Ibid.*, c. 31, n.º 65.

¹¹ *Ibid.*, n.º 68.

¹² ÁLVAREZ GÓMEZ, CMF, Jesús. *Historia de la vida religiosa*.

Madrid: Publicaciones Claretianas, 1987, t. I, p. 340.

¹³ TURBESSI *apud* GUTIÉRREZ, OSA, David. *Los agustinos en la Edad Media*. Roma: Institutum Historicum Ordinis Fratrum S. Augustini, 1980, pp. 17-18.

¹⁴ Cf. SAN AGUSTÍN. *Epistola LX*.

¹⁵ POSSIDIO. «Vita Augustini», c. XI. In: SAN AGUSTÍN. *Obras*

completas. 4.ª ed. Madrid: BAC, 1969, t. I, p. 318.

¹⁶ Cf. SAN AGUSTÍN. *Sermo CCCLV*.

¹⁷ *Idem.* «Sermo CCCLVI». In: *Obras completas*. Madrid: BAC, 1985, t. xxvi, p. 268.

¹⁸ Cf. *idem.* *Epistola CCXI*.

¹⁹ GOBRY, *op. cit.*, p. 158.



¿Cómo aprovechar nuestras propias faltas?

Guerra de los hombres, descanso de Dios

He aquí la cruel realidad con la que nos encontramos en tantas ocasiones: nuestro aparente fracaso en las batallas de la vida espiritual. Pero ¿habrá algún medio de aprovecharlo?



Francisco Leizaola



✠ Diácono Gabriel Borges Bonfim Silva, EP

No se asuste, querido lector, por el título de este artículo. No se asuste, pues no pretendemos recordarle aquí los conflictos de diversa índole que afligen a nuestro planeta en la actualidad... No se asuste, porque no haremos apología de la guerra ni siquiera una crítica de ella. No se asuste: nos encargaremos simplemente de recordarle que todo hombre

nace guerrero. Sí, guerrero, como ya se daba por evidente desde los tiempos patriarcales: «¿No es acaso milicia la vida del hombre sobre la tierra?» (Job 7, 1).

Desde el instante en que el hombre ve la luz y lanza al aire su primer grito, su incipiente grito de guerra, hasta el último gemido de la lucha final —pues, etimológicamente, *agonía* significa *combate*—, se encuentra inmerso en un

vasto y complejo campo de batalla. Sin embargo, a diferencia de las hostilidades a las que estamos acostumbrados, en la contienda de la vida no hay fronteras que nos garanticen seguridad y protección, ni tratados de paz, ni treguas, ni retaguardia, ni reservistas. Sobre todo, la victoria final y la paz definitiva nunca se alcanzarán... en esta tierra.

De hecho, por más que el hombre deserte y abandone la batalla, la batalla no lo abandonará; aunque haya decidido llevar una vida recta —practicando, por tanto, los mandamientos de la ley de Dios y la virtud—, las dificultades no cesarán, las pasiones clamarán, los temores lo acompañarán; y si asciende hasta las cumbres de la santidad, la pugna se intensificará, porque es en las montañas donde caen los rayos.

El combate de la vida espiritual —porque de esta guerra estamos hablando— sólo termina con la muerte corporal.

¿Qué hacer con las piedras del camino?

Pero, si bien es cierto que no se puede lograr una victoria definitiva antes de



Mujtaba Hassan (CC by-sa 4.0)

Con el progreso en la vida espiritual, la batalla no abandonará al hombre, sino que se intensificará, pues es en las montañas donde caen los rayos...

Tormenta sobre las montañas Blancas – Cordillera de los montes Apalaches (Estados Unidos); arriba, Carga de caballería, de Josep Cusachs

llegar al Cielo, es más que evidente que la derrota está siempre a las puertas y muchas veces las derriba... He aquí la cruel realidad con la que nos topamos en tantas y tantas ocasiones: el fracaso.

No obstante, sería inútil detenernos a hablar de nuestros malogros, ya que no son ninguna novedad para nadie y, para estar completamente seguros de ello, nos basta la amplia experiencia acumulada con los años. En cambio, lo verdaderamente necesario es saber cómo evitarlos o sacarles provecho.

Un ejemplo clásico de la espiritualidad puede darnos una pista sobre cómo emprender con éxito una contraofensiva. Veámoslo.

El gran problema de quien está de pie es la posibilidad de caer (cf. 1 Cor 10, 12), sobre todo si camina por un terreno pedregoso. Sin embargo, el viandante que tropieza y pierde el equilibrio se ve obligado a dar una serie de pasos más rápidos para recuperar la estabilidad y no sucumbir. Resultado: recorre más camino en menos tiempo.

Algo análogo ocurre en nuestra vida espiritual. Ésta consiste en un largo caminar hacia el Cielo, cuyo itinerario no sólo discurre por un valle de lágrimas, sino también por un sendero sembrado de «piedras». Pero gracias a tales percalces, acabamos acelerando la marcha y haciendo mayores progresos: así, quien resbala en la maledicencia, si acelera el paso para no caer, pasará a elogiar a los demás; quien pierde la paciencia ideará tácticas de mansedumbre para no reincidir... En cierto modo, esas contrariedades, si no las desaprovechamos, nos proporcionan un fortalecimiento similar al de un hueso fracturado que, una vez regenerado, queda aún más sólido en la zona lesionada.

Y, por si no bastara esa tonificación del alma, los reveses cimentan más profundamente la vida espiritual. La humildad es la base de todas las virtudes, y la base de la humildad son las humillaciones; ahora bien, éstas son más provechosas cuando no las elegimos, de ahí que «para ejercicio de nuestra humildad conviene que alguna vez salga-

mos heridos en esta batalla espiritual».¹ Conscientes de nuestra nada, nos hallamos en condiciones de volvernos hacia Aquel que es Todo y todo lo puede.

Así, además de hacernos apretar el paso y prevenirnos contra futuras caídas, esas «piedras» son un recordatorio constante de dos realidades que al hombre le gusta olvidar: primero, somos débiles y no podemos conseguir nada por nosotros mismos... salvo caer:

«Sin mí no podéis hacer nada»

(Jn 15, 5); segundo, todo nos es posible siempre que la gracia nos sostenga: «Todo lo puedo en aquel que me conforta» (Flp 4, 13).

¡Demos, pues, gracias a Dios por las dificultades y los obstáculos!

¡Que se levanten los muertos!

Parece haber quedado claro que los tropiezos en la vida espiritual pueden ser provechosos. Pero no siempre logramos recuperar el equilibrio y mantenernos de pie. En esos momentos, ¿habrá alguna salida?

La solución es tan sencilla como obvia: levantarse.

«Si os ocurre cometer alguna falta, no perdáis el ánimo —aconseja San Francisco de Sales—, sobreponednos inmediatamente, como si no hubieseis caído. [...] La flaqueza no es un mal grande, con tal de que haya un valor grande para levantarse poco a poco».² Y el insigne doctor de la Iglesia no excluye a quienes tienen la desgracia no sólo de caer, sino incluso de morir espiritualmente al ofender gravemente a Dios: «Algunas caídas en pecados mortales, con tal de que no haya deseo de estancarse ni adormecerse en el mal, no impiden los progresos que se hayan hecho en la devoción; [...] se recupera [todo] con el primer arrepentimiento».



Conscientes de nuestra nada, nos hallamos en condiciones para volvernos hacia Aquel que es Todo y todo lo puede

«Cristo y la mujer sorprendida en adulterio», de Nicolas Colombel - Museo de Bellas Artes de Ruan (Francia)

No siempre logramos recuperar el equilibrio y mantenernos de pie. En esos momentos, ¿hay alguna salida? La solución es sencilla y obvia...

timiento verdadero que se tenga de ese mismo pecado».³

«Con tal de que no haya deseo de estancarse...». Entonces, quien permanece mucho tiempo en enemistad con Dios, ¿ha perdido la oportunidad de volver atrás? ¿Existe remedio para la muerte prolongada? En la medicina espiritual —más eficaz que la corporal— sí: ¡hasta para los muertos hay cura! De hecho, aunque los pecados mortales son tanto más perniciosos para el alma cuanto más tiempo ésta se conserve en ese lamentable estado, no por ello se le negará el perdón a quien se arrodille en el confesionario con contrición.

Peor que el pecado

Por lo tanto, «si llegamos a caer, hay que perderlo todo antes que perder el ánimo, la esperanza y la resolución».⁴

De lo contrario, la puñalada asestada al Sagrado Corazón de Jesús será aún más profunda, como Él mismo explicó a la mística española sor Josefa Menéndez: «No es el pecado lo que más hiere mi Corazón. Lo que más lo desgarras es que no vengan a refugiarse en Él después que lo han cometido».⁵

*«Si llegamos a caer,
hay que perderlo
todo antes que
perder el ánimo»,
pues hay algo peor
que el pecado y se
llama desánimo*

Es decir, hay algo en el mundo peor que el pecado, y se llama desánimo.

Cuando nos derriba por medio del pecado, el demonio busca ante todo arrastrarnos al abismo de la desesperación. Sabe muy bien que «nuestra salvación tiene dos enemigos mortales: la presunción en la inocencia y la desesperación después de la caída; este segundo es con mucho el más terrible».⁶ Milenios de práctica ininterrumpida le han enseñado que si nos arranca el ímpetu y el ánimo, gana la batalla. En efecto, «tenemos una gran ventaja para salir siempre vencedores en esta guerra: saber que no necesitamos más que querer pelear».⁷

Somos lo que faltaba en el Paraíso

Ya hemos analizado brevemente cuáles son las mejores soluciones para los copiosos percances de nuestra guerra diaria: al tropezar, correr; al caer, levantarse; en cualquier situación, ¡no desanimarse! Pero ¿no sería más sencillo arrancar el problema de raíz? ¿No sería mejor que no existiera esa inmensa «fábrica de tropezos» que son las tentaciones del demonio, del mundo y de la carne? ¿No podríamos vivir como se vivía en el Paraíso antes de que la maldita serpiente apareciera?

¡Oh, qué deliciosa era la vida del hombre antes del pecado!... Las plantas y las fieras estaban a su servicio, paseaba por jardines siempre perfumados y recogía frutos cada día más sabrosos a orillas de lagos cristalinos... ¡En el Paraíso había de todo!

¿Todo? «El Paraíso lo tenía todo, excepto un héroe»,⁸ afirmó el Prof. Plinio Corrêa de Oliveira. Por eso la expulsión del Edén fue, más que un castigo, la elevación del hombre a la condición de guerrero, para que pudiera demostrar a Dios un amor desinteresado, que sólo se revela en el dolor y la tormenta. En este sentido, San Alfonso María de Liguori enseña que «el alma, estando ociosa, sin tentaciones ni luchas, corre peligro de perderse».⁹ En grave peligro, a decir verdad, pues corre el



Gustavo Kralj

«El Paraíso lo tenía todo, excepto un héroe», afirmó el Prof. Plinio Corrêa de Oliveira. Tras la expulsión del Edén el hombre fue elevado a la condición de guerrero

Adán y Eva expulsados del Paraíso - Catedral de Gloucester (Inglaterra)

riesgo de apegarse a esta tierra y descuidar la práctica del más importante —y olvidado— de los mandamientos: «Amarás al Señor, tu Dios, [...] con toda tu alma» (Dt 6, 5; Mt 22, 37).

Menos mal que Dios es Dios y que no estamos nosotros en su lugar. Porque si fuéramos el Creador, sin duda habríamos concebido un mundo diferente, en el que no existiría la posibilidad de errar, el sufrimiento sería abolido y el pecado no tendría cabida: un mundo, por consiguiente, incompleto.

¿Por qué incompleto?

«Y Dios descansó»

Para responder a esta pregunta, remontémonos al bellissimo relato de la creación que figura en el libro del Génesis. Durante seis días, surgieron miríadas y miríadas de maravillas con las que la divina Omnipotencia se dignó adornar el universo. Al final de este período, «vio Dios todo lo que había hecho, y era muy bueno» (Gén 1, 31). Sólo entonces descansó.

San Ambrosio, al comentar tan sublime pasaje, aclara por qué aquel descanso solamente tuvo lugar el séptimo día: Dios «creó el cielo y no leo que descansara; creó la tierra y no leo que descansara; creó el sol, la luna y las estrellas y ni siquiera entonces leo que descansara; pero leo que creó al hombre y que en ese momento descansó, al tener un ser a quien perdo-



«Por muy miserables que seamos, Dios es misericordioso con quienes tienen verdadera voluntad de amarle», aseguró San Francisco de Sales

El regreso del hijo pródigo - Catedral de San Juan Bautista, Charleston (Estados Unidos)

nar los pecados». ¹⁰ El Señor descansa perdonando.

El universo creado no estaría completo si el Altísimo no tuviera ocasión de reflejar en él todos sus atributos, de modo especial su misericordia y su perdón, en los que resplandece sobremanera su poder, ya que «la omnipotencia de Dios se manifiesta en grado sumo perdonando y apiadándose». ¹¹ Ahora bien, estos inefabilísimos pre-

dicados divinos no se harían evidentes si el hombre no fuera un ser falible y capaz de pedir perdón. Por lo tanto, las tentaciones y sus consecuencias —que erradicaríamos sin el menor pesar de «nuestro paraíso»— son la sombra indispensable que cumple una función de contraste estético en la obra de arte de la creación: hacen aún más brillante la inocencia del alma fiel y realzan el resplandor de la que ha sido perdonada.

Así pues, ¿qué motivos podrían llevarnos a desconfiar de la misericordia divina y a desanimarnos?

¿Los tropiezos? Pero si éstos nos acercan al Cielo con pasos más rápidos, ¿por qué deberíamos entristecernos?

¿El pecado? Pero si Dios no dudó en modelar a la humanidad con la posibilidad de pecar, ¿vacilará en el momento del perdón, cuando para concedérselo vivió entre nosotros y murió por nosotros?

¿El propio desánimo? Si la misma Madre de Dios es nuestra Madre, ¿es posible perder el valor de regresar a la casa paterna? ¿Es posible dudar del perdón?

No serán las dificultades, no serán las caídas, no serán los pecados los que nos harán desconfiar y perder el ánimo, «porque, por muy miserables que seamos, Dios es misericordioso con quienes tienen verdadera voluntad de amarle y han puesto en Él toda su esperanza». ¹² ✠

¹ SAN FRANCISCO DE SALES, apud TISSOT, Joseph. *El arte de aprovechar nuestras faltas*. 22.^a ed. Madrid: Palabra, 2011, p. 47.

² *Ibid.*, p. 42.

³ *Ibid.*, p. 49.

⁴ *Ibid.*, p. 42.

⁵ MENÉNDEZ, RSCJ, Josefa. *Un llamamiento al amor*. México: Patria, 1949, p. 220.

⁶ SAN JUAN CRISÓSTOMO, apud TISSOT, *op. cit.*, p. 37.

⁷ SAN FRANCISCO DE SALES, *op. cit.*, p. 47.

⁸ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Conferencia*. São Paulo, 21/9/1985.

⁹ SAN ALFONSO MARÍA DE LIGORIO. *Práctica de amor a Jesucristo*. Sevilla: Apostolado Mariano, 2001, p. 37.

¹⁰ SAN AMBROSIO DE MILÁN. *Los seis días de la creación*. Hexa-

merón. Madrid: Ciudad Nueva, 2011, p. 338.

¹¹ SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. I, q. 25, a. 3, ad 3.

¹² SAN FRANCISCO DE SALES, *op. cit.*, p. 51.

Una advertencia maternal

Rue du Bac, La Salette, Lourdes, Fátima... ¿Cimbres? Sí, también en el «sertão» brasileño quiso la Santísima Virgen alertar a sus hijos sobre los peligros que los amenazaban y señalarles los caminos de la salvación.

✠ Jean Pedro Antunes Galdino



En el Brasil de 1936 «se vivía la Revolución de 1930 y la amenaza del comunismo»,¹ como sintetizó el actual obispo de Pesqueira (estado de Pernambuco), Mons. José Luiz Ferreira Salles, CSsR. Por entonces, temibles *cangaceiros* —bandoleros armados— recorrían el *sertão* pernambucano en dirección a Paraíba. Por donde pasaban, dejaban un reguero de crímenes y perversidades de lo más reprochable. La localidad de Cimbres, situada en la sierra de Ororubá y perteneciente asimismo a la diócesis de Pesqueira, fue escenario de algunos de esos acontecimientos. Fue en esa región, perdida en los confines del nordeste brasileño, donde comenzó nuestra historia...

«Mariofanía» en tierras brasileñas

Había allí una finca llamada Guarda. Durante aquella época funesta, Artur Teixeira de Carvalho, que allí residía, solía buscar refugio entre los peñascos y rezar al aire libre con su esposa, Auta, y toda su prole, ante una estampa de la Santísima Virgen cuidadosamente adornada con flores, implorándole su maternal protección. A principios de junio de 1936, los *cangaceiros* regresaron a aquellas tierras, pero la familia salió ilesa.

La mañana del 6 de agosto, cuando en todo el mundo se celebraba la fiesta

de la Transfiguración del Señor, Auta le pidió a su hija María da Luz, de 13 años, que fuera a recoger semillas de ricino en la finca, acompañada de María da Conceição, una amiga de 16 años que se hospedaba en casa de la familia. Por el camino, las jóvenes se preguntaron qué harían si volvían a aparecer los *cangaceiros* del jefe Lampião. María da Luz no dudó en responder que actuaría igual que antes: rezaría a la buena Madre del Cielo y estaba segura de que las

defendería. Dicho esto, alzó la mirada hacia el peñasco, atraída por una luz de incomparable brillo y belleza.

—¡Parece que allí está Ella para protegernos! —exclamó la pequeña a su compañera, que también veía la figura luminosa.

¿De qué se trataba? De una nueva transfiguración, ya no en el monte Tabor, sino en los peñascos de Cimbres. Sí, ¡era una «mariofanía» en tierras brasileñas! Del Cielo había descendido la Estrella de la mañana y, al contacto con aquellas jóvenes, hizo que sus almas brillaran como astros: formaban las «Tres Marías», ya no la de Magdala ni la de Cleofás, como narran los Evangelios, sino la «da Luz» y la «da Conceição»; la tercera seguía siendo la misma, María de Nazaret, la Santísima Virgen, que allí se manifestaba.

La primera en descubrir lo ocurrido fue Auta, quien sonsacó la información a las videntes y, tras una primera reacción de incredulidad, acabó creyendo su relato. Sin embargo, no se puede decir lo mismo del resto de la familia, que discutió acaloradamente con las adolescentes para disuadirlas de divulgar la aparición. En cualquier caso, como suele ocurrir, la noticia se difundió enseguida por toda la región y fueron en vano los intentos de silenciar tales acontecimientos.

Preocupado, Artur pidió consejo al obispo local, Mons. Adalberto Accioli,



Reproducción

De camino a la finca, las dos jóvenes pudieron presencia una «mariofanía» en tierras brasileñas

María da Conceição y María da Luz; arriba, Nuestra Señora de las Gracias

quien encargó la investigación del caso a su secretario, el sacerdote alemán José Kehrle, cometido que éste desempeñó con celo y piedad. Más tarde, el P. Kehrle, como investigador *ad hoc*, y fray Estevam Roettger, OFM, emitieron «un parecer favorable sobre los hechos y una certificación de su veracidad».²

Un interrogatorio en alemán

Tras conversar largamente con el padre de María da Luz e interrogar a la propia niña acerca de lo ocurrido en Cimbres, el P. Kehrle le dio a Artur un par de instrucciones y le entregó por escrito algunas preguntas que la joven debía hacerle a la «Santa», como la llamaban. Interrogada sobre su identidad, respondió: «Yo soy la Gracia». Las apariciones continuaron durante todo el mes de agosto.

El P. Kehrle decidió comprobar personalmente los datos. Al llegar al lugar de las apariciones, el 20 de agosto, le ordenó a Artur que se llevara a María da Conceição un poco más lejos, mientras él se quedaría allí con la otra niña, de modo que la distancia sólo les permitiera el contacto visual, pero no el auditivo.

El sacerdote alemán le preguntó entonces a la joven qué veía. Ésta describió la aparición como semejante a la imagen de Nuestra Señora del Carmen, pero con un manto azul y un vestido blanco crema, además de una faja. En el brazo izquierdo sostenía un Niño, quien, a su vez, le rodeaba el cuello con su bracito derecho. Ambos ostentaban hermosísimas coronas.

El sacerdote le hizo una señal a Artur para que invirtiera la posición de las custodiadas. Una vez que María da Conceição estuvo con él, apuntó a un lugar distinto y afirmó que allí su amiga había contemplado a la «Imagen» —otro nombre con el que se referían a la Virgen—. La pequeña respondió, casi llorando, que no la veía allí, sino justo en medio del peñasco; en efecto, las explicaciones de ambas coincidían. Preguntada por los detalles de la aparición, ¡la joven la describió exactamente igual que su amiga!

En un momento dado, el P. Kehrle pidió que padre e hija se acercaran y empezó a formularles varias preguntas; entre otras, si podía hablar con la Virgen en un idioma extranjero, a lo que Ella contestó afirmativamente. Entonces comenzó a interrogarla en alemán, mientras las niñas le transmitían las respuestas en portugués. Huelga decir que la lengua de Goethe les era totalmente desconocida; no obstante, todas las respuestas fueron lógicas y coherentes.



El investigador preguntaba a la Virgen en alemán, mientras las niñas transmitían sus respuestas en portugués

P. José Kehrle

¿La Imagen es un alma o es Nuestra Señora? Soy la Madre del Cielo.

¿Eres *Mater Divinae Gratiae*? Sí.

¿Cómo se llama el Niño que llevas en brazos? Jesús.

¿Por qué estás aquí? Ha sido Jesús quien me ha puesto aquí.

¿Para qué? Para decir: ¡han de venir tiempos graves!

Siguiendo siempre este insólito procedimiento, el inquisidor descubrió que la Virgen se había manifestado para advertir a la nación de que el comunismo entraría en Brasil si no se hacía penitencia. Las consecuencias serían similares a las de la guerra civil española, que había empezado aquel mismo año. Se derramaría mucha sangre, ¡pero la Iglesia no sería derrotada! Nuestra Señora pedía que se propagara la devoción al

Sagrado Corazón de Jesús y a Ella misma. Quería que se dieran a conocer las apariciones y que los predicadores hablaran de este tema a las ovejas del rebaño de Cristo en ese país. Por último, comunicó que deseaba ser invocada allí como Nuestra Señora de las Gracias.

El sacerdote le dio a entender a la Santísima Virgen que a las autoridades no les iba a gustar ese mensaje ni lo acatarían. Nuestra Señora no respondió... De hecho, no sólo hubo escepticismo respecto al caso de la finca Guarda, sino que además se emprendió una terrible ofensiva para silenciarlo, incluso recurriendo a las fuerzas policiales contra los implicados. El padre de María da Luz llegó a ser detenido.

Muestras de la solicitud de una Madre amorosa

Para confirmar aún más el mensaje celestial, Nuestra Señora hizo brotar, ya en los primeros días de las manifestaciones en Cimbres, un manantial milagroso algo más abajo de la roca donde era vista. Hasta hoy, de ella emana agua con propiedades curativas, tal como prometió la Madre del Cielo.

Resulta curioso que la Virgen María quisiera aparecerse en la Tierra de Santa Cruz, en un remoto peñasco, para hacer la misma advertencia que ya había formulado varias veces en otras apariciones, como, por ejemplo, en Fátima.

Brasil nació tarde a la luz de la civilización cristiana; pese a sus cinco siglos de existencia, es todavía un niño en comparación con las grandes naciones europeas que nos precedieron en la fe y en cuyo suelo brillan las glorias de un pasado colmado de heroísmo. Ahora bien, ¿no es cierto que los niños necesitan una atención especial de la Madre?

Cimbres: ¿un caso aislado?

De hecho, fueron numerosas las muestras de ese desvelo materno. En la primera mitad del siglo XX se registraron noticias de algunas «mariofanías» en suelo brasileño que aluden a Cimbres o guardan relación con lo sucedido allí.

En Río Grande do Sul, en una pequeña localidad cercana a la ciudad de Passo Fundo llamada Leitão, se produjeron en 1944 más de diez apariciones de Nuestra Señora del Rosario a una campesina de 20 años. María Santísima le reiteró el mensaje de Fátima sobre su descontento con las modas inmorales y, como en la finca Guarda, predijo el castigo que estaba a punto de caer sobre Brasil si el pueblo no rezaba ni hacía penitencia. Aún más impresionante fue la respuesta de la Virgen del Rosario a la pregunta de si no dejaría allí un manantial: «Cuando aparecí en Pernambuco, dejé allí un manantial en la roca, pero como no fui bien acogida, ¡me alejé de aquel lugar!». Ahora bien, no parece que la humilde joven de Río Grande do Sul tuviera noticia del manantial milagroso de Cimbres; ¡ni siquiera el sacerdote que la interrogó, que casualmente era natural de Pesqueira, conocía este detalle!»¹

Cerca de la finca Guarda, en Lagadiço, se yergue el monte de Nuestra Señora, donde en 1937 volvieron a producirse apariciones a cuatro niños, con mensajes idénticos a los registrados por el P. Kehrle y a los de Río Grande do Sul. Uno de los videntes, José, de 12 años, estuvo también en Guarda durante una romería con su madre, y afirmó haber visto a Nuestra Señora al mismo tiempo que las dos niñas; a su vez, María da Luz estuvo en Lagadiço y allí vio a la Santísima Virgen. En esa ocasión, la bondadosa Madre confirmó que se había manifestado en ambos lugares y dijo con gran afecto:

—¿Sabes por qué hablé tan claramente aquí, en esta tierra? ¡Porque en-



Archivo Revista

El mayor testimonio de la autenticidad de las manifestaciones reside en el «sensus fidei» de cada devoto de María Santísima

Misa en el lugar de las apariciones de Cimbres (Brasil)

cuentro muy poca fe en mi pueblo y porque busco la conversión de todos los pecadores y la salvación de todo mi querido pueblo brasileño!

¡Con cuánto acierto podrían aplicarse esas mismas palabras a todas las naciones de la tierra! ¡Cuántos países han sido agraciados con apariciones discretas, pero profundas, como las de Cimbres! Por otra parte, cuán menguada se halla la fe entre los hombres... No sólo Brasil, sino la humanidad entera necesita conversión.

El mayor testimonio de autenticidad

Algunos años después, María da Luz se hizo religiosa y adoptó el nombre de sor Adélia, en el Instituto de las Religiosas de la Instrucción Cristiana, de Recife. Gracias a la diligencia de esas hermanas, se conservó toda la documentación de la investigación llevada a cabo por el P. José Kehrle acerca

de las apariciones, que posteriormente fue organizada con encomiable esfuerzo y publicada por la investigadora Ana Lúcia Lira.⁴

En 2021, Mons. Salles emitió un juicio sobre los acontecimientos de Cimbres. Ante todo, destaca «la constatación, tras un cuidadoso examen de la documentación existente, de que los mensajes relacionados con los sucesos de Aldeia Guarda están en consonancia con la fe cristiana. Desde la primera averiguación, contemporánea a los hechos y minuciosamente documentada, se constata que el contenido de los mensajes no contradice las verdades contenidas en la Sagrada Escritura ni la doctrina de la Santa Iglesia Católica Apostólica Romana».⁵

Asimismo, el obispo local da cuenta de relatos de gracias obtenidas y de milagros, de un notable aumento en la devoción de los fieles a la Madre de Dios y de la probada rectitud de vida de ambas videntes. Sor Adélia, fallecida en 2013, fue declarada Sierva de Dios y actualmente se encuentra en proceso de beatificación.

Sin embargo, la decisión de escribir el presente artículo no surgió de la lectura acerca de las apariciones en Cimbres. El autor de estas líneas tuvo la oportunidad de experimentar las gracias derramadas en aquel lugar cuando pasó por Pernambuco como misionero y escuchó la historia de boca de los propios habitantes de la región. Más que cualquier documento histórico o investigación, el mayor testimonio de la autenticidad de esas manifestaciones en el *sertão* nordestino reside sobre todo en el *sensus fidei* —el sentido de la fe— de cada devoto de María Santísima, que allí experimenta su maternal afecto. ✚

¹ SALLES, CSsR, José Luiz Ferreira. *Segunda Carta Pastoral. A Diocese de Pesqueira e as presumíveis aparições de Nossa Senhora da Graça*. Pesqueira: [s. n.], 2021, p. 28.

² *Ibid.*, pp. 8-9.

³ Las dos videntes de Cimbres y el P. Kehrle tuvieron que guardar silencio sobre lo ocurrido durante unos cincuenta años.

Fue en ese período cuando tuvieron lugar las apariciones de Río Grande do Sul.

⁴ LIRA, Ana Lúcia. *O diário do silêncio. O alerta da Virgem*

Maria contra o comunismo no Brasil. 4.^a ed. Campinas: Ecclesiae, 2018.

⁵ SALLES, *op. cit.*, p. 37.

... cómo surgió la costumbre de usar velas en la misa?

En el año 64 se desató la primera gran persecución contra los cristianos. Quien profesara la fe en Nuestro Señor Jesucristo podía ser arrojado a las fieras en las arenas, quemado vivo en los jardines imperiales, asesinado en las calles o crucificado para diversión del populacho. La Iglesia hubo entonces de refugiarse en las entrañas de la tierra, en catacumbas excavadas para albergar cadáveres y todo cuanto debía ocultarse de la luz del día. Al fin y al cabo, eran los únicos lugares relativamente seguros donde los fieles podían dar sepultura a los mártires y reunirse para orar. En aquellos tenebrosos subterráneos, los católicos asistían a la renovación del santo sacrificio iluminados por lámparas de aceite y velas de cera.

Estas luces solían colocarse en el suelo, a los pies del altar; una práctica litúrgica que probablemente se mantuvo durante toda la Alta Edad Media, hasta que, en la primera mitad del siglo XI, los candelabros empezaron a colocarse sobre la propia mesa sagrada. Todavía hoy se prescribe que al menos dos velas iluminen el altar durante la misa, y pueden llegar a siete si el celebrante es el obispo diocesano (cf. *Instrucción general del Misal Romano*, n.º 117).

Además de simbolizar a Cristo, Luz del mundo, y el fuego de la caridad que Él enciende en nosotros por su gracia, las llamas nos recuerdan que la Santa Iglesia vio sus albores bajo tierra, entre los cuerpos de los mártires y el ardor de la fe de los católicos perseguidos. ✠



Leandro Souza

Altar del oratorio de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, Juiz de Fora (Brasil)

... que, antes de su descubrimiento, Brasil ya estaba dedicado a María?

Corría el año 1494. El Tratado de Tordesillas dividía el orbe —tanto el ya descubierto como el aún por descubrir— en dos partes, asignando a Portugal y a España determinadas zonas de exploración y dando comienzo no sólo a la conquista, sino también a la evangelización del Nuevo Mundo.

En noviembre de 1499, el experimentado navegante Vicente Yáñez Pinzón —quien años antes había comandado la carabela la Niña en la primera expedición de Colón (1492)— zarparía de España al mando de una flota de cuatro naves. Aquella audaz travesía

rumbo al sur alcanzó por primera vez las costas de América Meridional.

Tras afrontar una fuerte tempestad, el 26 de enero de 1500 Pinzón arribó a un punto de la costa nordeste de Brasil —que los historiadores identifican con el cabo de Santo Agostinho, en Pernambuco, o con la punta de Mucuripe, en Ceará—, al que dio el nombre de *Santa María de la Consolación*. En cualquier caso, consciente de que esas tierras quedaban fuera del dominio español según la división establecida en Tordesillas, la flota puso rumbo al norte y pasó por el estuario del río Amazonas —al que Pinzón

llamó *Santa María de la Mar Dulce*—, hasta alcanzar el extremo septentrional de la costa brasileña, junto a la desembocadura del río Oiapoque. Más tarde, la expedición partió hacia el Caribe.

Aunque la historiografía oficial reserva el título de descubridor de Brasil a Pedro Álvares Cabral, cuya armada arribó a la costa de Bahía el 22 de abril de 1500, la hazaña de Pinzón sigue constituyendo un capítulo fascinante de la historia. Sea como fuere, lo cierto es que el país siempre ha estado bajo la mirada maternal de la Santísima Virgen María. ✠

Amanecer en el delta del río Amazonas

Fotos: Lúcio Alves



Brasil, Río de Janeiro – El «Atlântico», el buque de guerra más grande de América Latina, y su tripulación fueron consagrados al Inmaculado Corazón de María el 28 de mayo, durante una santa misa celebrada a bordo de la embarcación, anclada en el Arsenal de Marina de Río de Janeiro.

Fotos: Renata Cruz



Brasil, São Carlos – En los días 30 y 31 de mayo se llevó a cabo una misión mariana colmada de bendiciones en la parroquia de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro. Además de la visita de la imagen peregrina del Inmaculado Corazón de María a los hogares, hubo una procesión con velas por las calles de la ciudad y una celebración eucarística.

Fotos: Delvíd Lima



Brasil, Bragança Paulista – Clérigos y cooperadores de los Heraldos del Evangelio visitaron a los enfermos en el Hospital Universitario San Francisco el 19 de junio, llevándoles los sacramentos y las bendiciones de la Santa Iglesia, así como el consuelo de la presencia maternal de la Santísima Virgen.



En alabanza de Jesús Eucarístico

Festivas eucaristías y concurridas procesiones marcaron la solemnidad del Corpus Christi en los lugares donde actúan los Heraldos del Evangelio. En las fotos destacamos las ceremonias realizadas en Brasil: en la basílica de Nuestra Señora del Rosario de Fátima, en Cotia, en la parroquia de Nuestra Señora de Fátima, en Franco da Rocha, y en los oratorios de los Heraldos en las ciudades de Maringá y São Carlos. En Paraguay, las celebradas en la catedral de Asunción,

con la presencia del cardenal Adalberto Martínez Flores, arzobispo metropolitano; en la basílica de Nuestra Señora de los Milagros, en Caacupé, con la presencia de Mons. Ricardo Jorge Valenzuela Ríos, obispo diocesano; y en la parroquia de San Isidoro Labrador, en Limpio, recientemente confiada a los Heraldos. Por último, en Perú, la celebrada en la Escuela de Oficiales de la Fuerza Aérea del Perú, situada en la Base Aérea Las Palmas, en Santiago de Surco.



Maringá (Brasil)



Cotia (Brasil)



Caacupé (Paraguay)



Limpio (Paraguay)



Asunción



Franco da Rocha (Brasil)



São Carlos (Brasil)



Santiago de Surco (Perú)

Maria Fernanda Aguiar

Francisco Espinola

David Ayusso

Fátima Paniagua

Sérgio Mantim

Emerson Júnior

José Carlos Centurión

Jano Aracena



Alvaro Sánchez



Preeham D'Silva



Alvaro Sánchez

Paraguay – Con el acompañamiento musical de los Heraldos del Evangelio en el país, se celebró la ceremonia que marcó el inicio de las obras del monumento a Nuestra Señora de la Asunción, en la capital paraguaya. Contó con la presencia del cardenal Adalberto Martínez Flores, arzobispo metropolitano; de Mons. Vincenzo Turturro, nuncio apostólico en Paraguay; del presidente de la República, Santiago Peña Palacios; y de miembros del gabinete presidencial (foto 1). En mayo, miembros de la institución animaron las conmemoraciones patronales de la parroquia de los Sagrados Corazones de Jesús y María (foto 2) y de la parroquia del Espíritu Santo (foto 3), ambas en Asunción.

Roberto Salas



Fotos: Mariana Viccari

Guatemala – El 27 de mayo se celebró una nueva cena benéfica a favor de la construcción del oratorio de los Heraldos en San José Pinula, a la que asistió Mons. Francisco Montecillo Padilla, nuncio apostólico en el país (foto 1). En ese mismo mes, la imagen peregrina del Inmaculado Corazón de María visitó el Colegio Santa María de Montescarlos (foto 2) y el Hospital UNICAR (foto 3), ambos en Ciudad de Guatemala.

Eduardo Corpeño



Pablo Verdugo

Ecuador – Durante el mes de mayo, la Virgen de Fátima derramó sus bendiciones sobre el Encuentro Arquidiocesano de Monaguillos (foto 1) y en la Unidad Educativa Jacarandá (foto 2), de Guayaquil. En ese mismo período, trece niños hicieron la primera comunión en la iglesia de Santa María del Vergel, en Cuenca (foto 3).



1



2



3



4



5

Fotos: João Lucas Guimarães

Mateo Peláez

Hugo Alves

España – Los Heraldos del Evangelio ofrecieron varias actuaciones musicales en España. Los conciertos tuvieron lugar en la real basílica de San Francisco el Grande (foto 1), en la iglesia de San Fermín de los Navarros (foto 2) y en la colegiata de San Isidro, durante la ceremonia del primer sábado de mes (foto 3), en Madrid; así como en el municipio de Cuarte de Huerva, provincia de Zaragoza (foto 4). Durante su estancia en la capital española, los Heraldos pudieron saludar al papa León XIV en su viaje apostólico (foto 5).



1



2



3

Antonio Rossini

Rogério Baldasso

Alain Patrick

Italia – El 27 de mayo, los Heraldos estuvieron a cargo de la vigilia de oración y de la liturgia de la novena a Nuestra Señora de la Carta, patrona de Messina (foto 1). Ese mismo mes, se realizó una misión mariana en la parroquia de San Nicolás, de Squillace Lido (foto 2). Asimismo, con motivo de la visita de las reliquias de Santa Bernadette Soubirous a la iglesia de San Salvador, se organizó en Venecia una procesión en honor a Nuestra Señora de Lourdes, con la presencia de Mons. Edoardo Aldo Cerrato, CO, obispo emérito de Ivrea (foto 3).



Sergio Holmann

El Cid Campeador - Burgos (España)

Héroes de verdad



✚ Santiago Vieto Rodríguez

Desde la más remota Antigüedad, existe una relación de correspondencia entre la moralidad de las civilizaciones y sus mitos. ¿Qué modelos son ensalzados en nuestra sociedad como punto de referencia para las nuevas generaciones?

En los remotos tiempos en los que «la filosofía del Evangelio gobernaba los Estados»,¹ surgió un ideal supremo, envuelto en los esplendores del mito y encarnado en varones y damas que, con virtudes y epopeyas, escribieron algunas de las páginas más bellas de la historia. Benditos días, en que los niños crecían bajo el encanto de maravillosos relatos de guerreros que partían hacia tierras lejanas, dispuestos a sacrificar la vida en defensa de los más débiles, luchando incluso contra terribles dragones.²

Para la mentalidad moderna, extremadamente materialista, lo *mítico* sería sinónimo de lo *falso*. Del mismo modo, debido a la creciente incapacidad para comprender el lenguaje simbólico, hoy se suele asociar el término *fantasía* a una confusa amalgama de imágenes y tramas, en un contexto a menudo gnóstico, lascivo, egocéntrico y desconectado de la realidad.

Sin embargo, hay que tener en cuenta que los antiguos vivían inmersos en un ambiente intrínsecamente religioso, lleno de símbolos que, según comenta el Dr. Plinio,³ son tanto más artísticos cuanto más expresan el fondo de la realidad, distanciándose al mismo tiempo de sus apariencias.

Se trataba de un mundo en el que la poesía⁴ desempeñaba un papel mucho más central de lo que uno pueda imaginar y, como fruto de la contemplación de esferas superiores, se desarrollaba en las más variadas expresiones artísticas, las cuales, en el ámbito del lenguaje, daban forma a los mitos y leyendas.

Éstos eran auténticas parábolas vinculadas directamente a realidades tanto espirituales como materiales —en sentido histórico, moral o puramente metafísico—, interpretables desde diferentes perspectivas y con diversas aplicaciones, incluso prácticas,⁵ sirviendo en algunos casos de vehículo para evocar la primavera de la inocencia infantil.

Al dejar atrás las sombras del paganismo, correspondió a los bardos —poetas épicos de antaño— enriquecer el imaginario de la cristiandad naciente, difundiendo la luz de sublimes figuras como la de Carlomagno y sus doce pares. Y la Santa Iglesia no tardó en elevar a la honra de los altares a aquellos que, fieles al espíritu de la auténtica caballería, abrazaron el sacrificio de sí mismos hasta las últimas consecuencias.

Así, alcanzando una cumbre de sublimidad, resplandeció en la misma frente la corona terrenal junto con la diadema de las virtudes más excelsas, y a los votos del religioso se sumó el de no retroceder nunca en el campo de batalla.⁶ Encarnando la leyenda y superando toda ficción, resplandecieron las órdenes de caballería, junto a figuras como las de un San Luis, rey de Francia, un Cid Campeador, una Santa Juana de Arco, ¡y tantos otros!

El ideal del verdadero heroísmo se plasmó en un código de caballería que, fundamentado en la fe católica, asumió como objetivo supremo el deber de luchar por la gloria de Dios. En consecuencia, del sagrado espíritu que de ahí emanaba surgieron ceremonias de un



San Luis Rey - Catedral dedicada a él en Blois (Francia); a la derecha, «Cristo en majestad», de Niccolò di Pietro Gerini - Antigua Pinacoteca, Múnich (Alemania)

refinamiento artístico nunca antes alcanzado, que impregnaron todos los estratos sociales y repercutieron durante los siglos posteriores en todos aquellos que reivindicaban un título nobiliario.⁷

Pero... al soplar los primeros vientos del Humanismo, el deseo de luchar en favor de la Santa Iglesia y del bien común se vio empañado por fines ro-

mánticos, cada vez más egoístas, lo que llevó a la caballería a un triste ocaso. A pesar de ello, hasta hace poco se calificaba de *caballero* a quien —en una vaga reminiscencia de su verdadero origen— aunaba en sí la fuerza y la delicadeza, manifestando un trato cordial y refinado, propio del varón de fe.

* * *

Desde la más remota Antigüedad, existe una relación de correspondencia entre la moralidad de las civilizaciones y sus mitos, ya que éstos representan, a veces de forma hipertrofiada, el objeto de su admiración y, en consecuencia, las más audaces aspiraciones, temores y tendencias del alma humana. Consciente de esta realidad, afirmaba el sabio romano Séneca: «Largo es el camino de la enseñanza por medio de teorías; breve y eficaz, por medio de ejemplos».⁸

Y... ¿qué queda hoy en día de esos arquetipos? ¿Qué modelos son ensalzados en nuestra sociedad como punto de referencia para las nuevas generaciones? En nuestro mundo neopagano y globalizado, los medios de comunicación y las diversiones masivas se han aprovechado del fenómeno psicoespiritual de la imitación para promover ideologías, tipos humanos y costumbres cada vez más alejados del *modus vivendi* cristiano. A cada uno le corresponde preguntarse: ¿Por qué ejemplos

me dejo influir? ¿A qué tipos humanos les permito manipular a mis hijos, tan susceptibles a esas impresiones? ¿Quiénes son, en definitiva, sus héroes?

* * *

Christianus alter Christus: el arquetipo absoluto de todo ser humano no es otro sino Dios hecho hombre. Junto a Nuestro Señor, también figuran como modelos los que se configuran plenamente con Él.

Los verdaderos héroes son, por tanto, aquellos que imitaron al Caballero por excelencia, Jesucristo crucificado, vencedor de las tinieblas, de la muerte y del pecado. Solamente el sublime e incomparable ideal de santidad puede forjar una sociedad de la que surjan almas sedientas de imitar al Redentor, participando así del único heroísmo auténtico: el heroísmo de la cruz. ✝



Francisco Lecaros

¹ LEÓN XIII. *Immortale Dei*, n.º 9.

² El dragón era considerado una manifestación del mal, concepción de fundamento bíblico. Encontramos ejemplos de ello en el poema épico del héroe escandinavo Beowulf o en leyendas protagonizadas por santos, como la lucha de San Jorge contra el dragón, que simboliza el triunfo del cristianismo sobre el paganismo.

³ Cf. CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. «Símbolos, fantasía e realidade». In: *Dr. Plinio*. São Paulo. Año IV. N.º 42 (set, 2001), p. 34.

⁴ La palabra poesía proviene del latín *poesis*, y ésta, a su vez, del griego ποίησις (*poiesis*), que significa *creación* o *producción*.

⁵ Véase: BUCKLOW, Spike. *The Alchemy of Paint*. London: Marion Boyars, 2009. En

este libro se explica cómo las recetas de pigmentos medievales, sin dejar de ser enteramente prácticas, sólo pueden entenderse desde una cosmovisión mítica de la realidad, procedente del pensamiento tradicional.

⁶ Como ocurrió con algunos miembros de antiguas órdenes de caballería.

⁷ Un claro ejemplo de ello es la armería heráldica, que no era un privilegio de los nobles, ya que su uso se extendió a los oficios más humildes, siendo accesible a quien quisiera.

⁸ SÉNECA, Lucio Anneo. *Ad Lucilium epistulae morales*, VI, 5.



Leandro Souza

Plenitud de amor que la llevó al Cielo

Tal plenitud de gloria iluminó su rostro que ya casi no se podía distinguir su fisonomía de la luz de Dios. Su Corazón se dilató tanto de amor que su cuerpo no pudo resistirlo... Un éxtasis la llevó a la eternidad, y durmió en el Señor. [...]

El tránsito del estado pasible al glorioso no significó para María Inmaculada una ruptura desgarradora en su ser, como ocurre con el común de los hombres.

Desde su nacimiento, había mantenido un trato constante e intenso con los espíritus angélicos; y más marcada aún se manifestó

la convivencia con su Hijo, el Verbo encarnado, que nunca cesó, ni siquiera después de la Ascensión.

A medida que transcurrían los años, nuevos universos de gracias y de dones resplandecían en su alma, pues su conocimiento y su amor a Dios, aunque siempre plenos, eran susceptibles de crecimiento. En cierto momento, la fe dio paso a la visión y subió a los Cielos plenísima de virtudes y de gloria; en suma, plenísima de la Santísima Trinidad.

Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP